

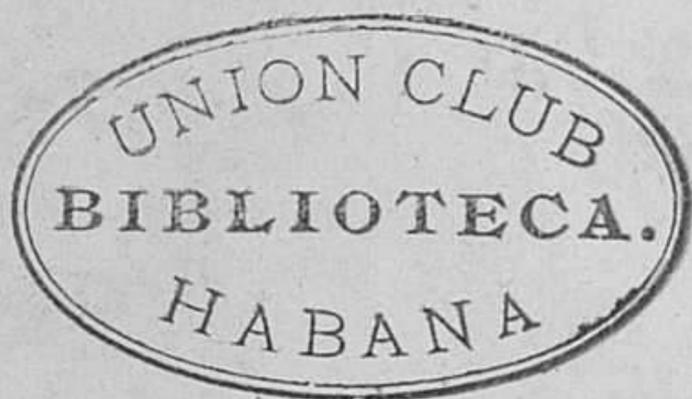
REVISTA
CUBANA

PERIODICO MENSUAL

DE CIENCIAS, FILOSOFIA, LITERATURA Y BELLAS ARTES,

DIRECTOR:

ENRIQUE JOSÉ VARONA.



TOMO II.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SOLER, ÁLVAREZ Y COMP.

calle de Ricla, número 40,

1885,



LA PENA DE MUERTE.

(DISERTACION)



I

SEÑORES:

«La inmortalidad del alma es una necesidad para el hombre; pero la inmortalidad del alma es científicamente imposible». Esta frase, tan desconsoladora, como exacta, de una de las inteligencias más poderosas de nuestros tiempos, del artista de maravilloso estilo, del espíritu superior que es la genuina expresión de la conciencia de la Francia, del ilustre Renan, brota espontáneamente de nuestra pluma, al intentar delante de esta reunión tan distinguida, hacer la defensa de la pena de muerte.

Y es que todos conservamos allá en lo más íntimo de nuestro modo de ser psíquico; todos, espiritualistas y materialistas, escépticos y positivistas,—y parece que como efecto inevitable de la ley de la herencia,—conservamos nuestros sueños mesiánicos, ilusiones de un espíritu dominado de noble ambición, que trata de escaparse del mundo real, haciendo surgir ante nuestros ojos un planeta ideal, regido por la ciencia, una sociedad modelo, tal como sólo puede existir en las imaginaciones inspiradas por un subjetivismo generoso.

Justicia absoluta, libertad de albedrío, inmortalidad del alma, y en un orden de ideas quizás menos elevado, libertad, igualdad, fraternidad, emancipación de la mujer, abolición de la pena de muerte, palabras, señores, nobles aspiraciones que se desvanecen á la luz de la ciencia positiva, y ante la observación rigurosa é imparcial de la naturaleza.

Todo y en todas las esferas de la actividad humana, tiende á hacernos olvidar los viejos hábitos metafísicos; y concretándonos al punto especial, que aquí con tanto talento se ha discutido, todo nos aleja de aquellas antiguas nociones de *castigo, de vindicta social, de justicia absoluta, de responsabilidad moral*, para inspirarnos en las más científicas concepciones basadas en la fisiología individual y en el estudio de las sociedades humanas, en la sociología.

La apreciación del crimen ha tenido que variar á la par de las instituciones civiles, políticas y religiosas de los diferentes pueblos, y aún de los mismos pueblos en las diversas épocas de su historia; y hoy, gracias á los progresos de la biología, es indispensable modificar los principios sociológicos en que se apoya la responsabilidad de los criminales.

Este problema ha sido tratado en la série de los siglos según el estado general filosófico y predominante de los espíritus. Durante el período teológico, la justicia humana, primero individual y después social, inspirándose en la justicia divina, se otorgó el derecho de vengarse de los crímenes en la tierra, reservando á los dioses el derecho de vengarse de los pecados en sus dominios especiales; durante el período metafísico, se formó una ciencia ficticia, llamada derecho criminal, que manejando diestramente una série de sofismas, probó la necesidad subjetiva de las penas como medio de *escarmiento, de corrección* y aún de *supresión*. Pero si en nuestra época positiva no podemos aceptar la *venganza teológica*, ni el *castigo metafísico*; necesitamos en cambio defender á la sociedad de los ataques más ó menos conscientes de los criminales y á éstos defenderlos de sí mismos, en el caso de que sean comprobadamente irresponsables.

En su ensayo sobre los «Círculos», representa el eminente Emerson á las ciencias como rodeadas en ciertos momentos de una barrera que

los encierra marcándoles un límite; allí van gradualmente reuniendo claridad y poder, hasta que un nuevo pensador llega á forzar la barrera demasiado estrecha y amplía el círculo, en que las ciencias nuevamente se atrincheran; pero se acumula la fuerza interior, rómpese la nueva barrera y vuélvese á encontrar el espíritu rodeado de un horizonte más vasto.

Tal ha sido, señores, el papel brillante de la biología y el esfuerzo incontrastable de la poderosa sistematización de Comte. El advenimiento de aquella, determinó el rompimiento de una sólida barrera, ampliando el círculo en que ya se agitaban, sin dar un paso adelante, las ciencias todas. Su progreso seguro originó el nacimiento de una ciencia más complicada, pero más elevada la sociología, á la cual sirve de base indispensable, y de tal manera, que intentar resolver un problema sociológico sin el apoyo de la biología, es un contrasentido que nos remontaría á las más primitivas concepciones metafísicas.

La tesis objeto de este debate es, señores, de sociología práctica y no pudiendo, pues, resolverse sin poner á contribución los datos que la biología suministra sobre la naturaleza física, intelectual y moral del documento biológico que se estudia: el criminal; veamos lo que es un criminal ante la biología.

Trabajos numerosos é importantes, entre los que se han distinguido últimamente los de Lombroso, Benedik y Bordier, permiten considerar esta cuestión interesante bajo un aspecto enteramente nuevo y luminoso.

Benedik (de Viena) ha presentado en el Congreso de Ciencias Antropológicas, un estudio concienzudo que se apoya en el exámen de 19 criminales decapitados, que provenían de las prisiones de Hungría. Y admitiendo que en los cerebros normales del hombre, el surco de Rolando está separado de los otros surcos, ha notado por el contrario que en 36 de los hemisferios que examina existían 58 comunicaciones de dicho surco central, sea con la cisura de Silvio, con las tres frontales, ó bien con el surco interparietal; además en seis de estos cerebros los lóbulos occipitales no cubrían el cerebelo; circunstancias que le dán un notable parecido con los cerebros de los monos, de los gatos, de los zorros y de las aves de rapiña.

Bordier ha examinado por su lado 36 cráneos de asesinos franceses decapitados y ha encontrado lesiones en la proporción de un 42%, comprobando además cierto número de escafocefalias (cráneos en forma de barquilla, frecuentes en los negros del Senegal, en los Australianos y en los Polinesios); de plagiocefalias (cráneo ancho y de frente deprimida, frecuentes en las razas inferiores también); y de osteitis.

El cráneo del famoso Lacenaire ofrecía un gran número de estalactitas óseas separadas por espacios irregulares erodados, que son indicios de una circulación exagerada; presentaba además rastros de una meningitis entre la dura-madre y la tabla interna del cráneo.

Notables son las analogías que aproximan á los criminales de los locos. El volúmen y la circunferencia del cráneo del criminal son superiores en general á los que presentan el término medio de los individuos razonables. Las partes parietales están más desenvueltas que las frontales. Su configuración se acerca al tipo de los braquiocefálicos-prognáticos, ó presenta una evidente asimetría. El ángulo facial observado en los criminales es, como en los locos, inferior al mediano; el arco superciliar extraordinariamente desenvuelto, observándose además cierta oblicuidad del cráneo, de la cara y de la órbita.

La mayoría inmensa de los criminales es lo mismo que los locos, macrocéfala (cabeza grande); las cuatro circunvoluciones típicas no se encuentran en su estado normal, están atrofiadas, las cisuras confluyen entre sí, por la supresión de los pliegues de pasaje que las separan comunmente, y existe un aumento del número de circunvoluciones frontales por la aparición de nuevas cisuras. En resumen los cerebros de criminales examinados, pertenecen á un tipo de organización inferior humana.

Un criminal tiene menos fuerza que un hombre normal. Las mujeres que se entregan á la prostitución ó al crimen se distinguen muy poco en cuanto á su cráneo del criminal varón. Se sabe también que los sexos se diferencian muy poco en los salvajes, que tienen menos fuerzas físicas que las razas civilizadas. En los criminales se encuentra disminuida la sensibilidad y suele llegar hasta la analgesia. Este hecho explica las heridas y mutilaciones que con tanta frecuencia se infieren los presos. La disminución de la sensibilidad se considera hoy como

una prueba de degradacion moral y de enagenacion. Los procesos criminales sunistran abundantes pruebas de la perpetracion de crímenes, cuya única razon de ser estribaba en la disminucion de la impresionabilidad orgánica.

Un 50 p% de cráneos de asesinos presentan signos evidentes de inflamacion meningea, ó bien, precoces suturas, *sinostosis*, suturas que son siempre anormales, y téngase en cuenta que una *sinostosis* prematura es un obstáculo al normal desarrollo del cerebro. Las lesiones traumáticas del cráneo son frecuentes y traen consigo una disminucion local de la sustancia cerebral, ó bien una microcefalia completa y con ella la idiotez, el crimen, ó la locura. Se encuentran *ateromas*, *degeneraciones grasosas de las arterias*, *esclerosis cerebrales*, ó hipertrofia de la parte media del cerebelo. Todos estos síntomas pueden ó no encontrarse tanto en los locos como en los criminales. El cuadro patológico que ofrece la autopsia de un criminal es superior á cuanto pueda imaginarse; tantas causas de muerte se encuentran en él que sería difícil señalar la causa única.

La inteligencia de un criminal generalmente está muy poco desenvuelta. Se ha creído á veces encontrar una prueba de lo contrario, en el hecho indudable de que pocos son los crímenes que se cometen estúpidamente y de una manera tal, que puedan desde el primer momento ser descubiertos. Es cierto que la mayor parte de los crímenes se ejecutan con tanta destreza que se necesita una gran habilidad y sagacidad suma para ser descubiertos, si es que esto se consigue, y pudiera de este hecho deducirse una conclusion favorable á la inteligencia normal de los criminales; mas para esto se hace necesario olvidar la extraordinaria astucia de que suelen valerse los locos para conseguir su fin. En los silogismos que se producen en el cerebro de un enagenado únicamente son falsas las premisas y es lo comun que la conclusion de ellas se desprenda con lógica inflexible. Lo que se llama conciencia del *yo* (Minzloff) ó presencia simultánea de todos los fenómenos psíquicos, no siempre desaparece en un loco, que tan bien puede saber lo que hace, como un hombre de sano juicio, y aun saber que están sus actos prohibidos por las leyes.

El *sentido moral* de los criminales es extraordinariamente débil, y

desaparece casi completamente en los criminales de profesion. ¿Sus confesiones? Obedecen á las alucinaciones que frecuentemente los persiguen, ó son dictadas por la astucia que los induce á mejorar su situacion. No hay loco (Minzloff) que no presente una alteracion más ó ménos pronunciada del sentido moral. Y tenemos de ello una prueba evidente en la inmoralidad sexual y el egoismo bien conocido de los criminales y de la mayor parte de los locos. Segun el autor citado, admitiendo que el sentimiento egoista encuentra su base en la satisfaccion de nuestras funciones nutritivas, y el sentimiento altruista ó simpático en el cumplimiento de nuestras funciones sexuales, la perversion de estas últimas debe servir de indicio cierto de inmoralidad general, porque el altruismo hace el principal papel en la génesis de las ideas que, resultando de cierto equilibrio inestable entre el egoismo y el altruismo, son solicitadas más tarde como motivos buenos ó malos para regularizar nuestra existencia moral.

Si por *voluntad normal* se entiende una abstraccion que comprende el conjunto de las funciones de nuestros centros psíquicos, coordinadas de tal modo que puedan mantener la mayor armonía posible entre las energías físicas y morales de nuestro organismo, es evidente que los criminales no pueden tener la voluntad normal. Esto no debe admirar si se considera la ignorancia de la generalidad de los criminales bajo el punto de vista de las ideas adquiridas. De cien criminales en Francia hay de 2 á 4 por ciento que hayan recibido una instruccion superior; en Rusia esta proporcion es de 1 á 2 por ciento. Deben, pues, tener la voluntad los criminales (propiedad que no es ignata sino adquirida) tan nula ó tan libre si se quiere, como un loco. Observa Maudsley con su tino habitual, que la mayor libertad de voluntad debiera encontrarse precisamente en un loco, cuyas acciones no pueden generalmente preverse con tanta facilidad como las de un hombre cuerdo. Y si nos detenemos en los motivos inmediatos que á los ojos de la justicia criminal parecen tener una influencia preponderante en la perpetracion del crimen encontraremos que los últimos impulsos son sensiblemente los mismos en un loco impelido al crimen que en un criminal arrastrado al mismo fin; á la locura podríamos decir. Un hombre cuerdo, pero criminal por hábito, cometerá un crimen bajo la

influencia de los más fútiles motivos, por amor propio, por afición á la vanagloria, á consecuencia de una ligera ofensa y un hombre reconocidamente loco cometerá un crimen por avaricia, por deshacerse de una idea que le persigue y que amenudo queda tan desconocida, como esos ataques nocturnos de epilepsia que pueden afectar, sin que nadie lo sospeche, la salud psíquica de un acusado en apariencia sano.

Entre las causas individuales que predisponen al crimen hay que colocar en primera línea la herencia de las tendencias criminales. Está probado que los descendientes de enagenados tienen las mismas probabilidades de llegar á ser locos que criminales; lo que no debe extrañar si se considera que los productos teratológicos, y áun las lesiones traumáticas, pueden ser hereditariamente transmitidas. Segun los cálculos de Lombroso un 26 p^o/_o de criminales han tenido padres criminales y un 6 p^o/_o eran hijos de alcoholistas y tambien un 6 p^o/_o descendian de locos. Cita Griessinger el notable caso de una familia cuyo jefe se ahorcó á los 42 años, la mujer se ahogó á los 36 y de los tres hijos que tenían, la mayor se entregó á la prostitucion y se envenenó á los 24 años; el segundo fué acusado de asesinato y se degolló á los 21, y la última se arrojó á la calle desde un sexto piso, dejando un hijo que pasó su juventud en las prisiones y una vez que se vió libre partió á Egipto en busca de aventuras. Pero hay más todavía, señores, en esta cruel pendiente de las fatalidades orgánicas. Una cólera violenta, un gran espanto, el dolor, todas las profundas conmociones psíquicas que pueden ocasionar la afasia, las parálisis, el estravismo, una fiebre grave, la atrofia progresiva de los músculos, un ataque de histerismo, convulsiones epileptiformes, la muerte en fin, pueden tambien determinar estados pasajeros de la más absoluta inconsciencia. Se sabe además que no es absolutamente necesario el concurso de la conciencia para que las acciones todas se verifiquen con la mayor perfeccion mecánica posible, y si un hombre atacado de un paroxismo de pasion asténica, comete un crimen con todas las reglas del arte, no es eso todavía una prueba evidente de que lo haya cometido con premeditacion. Existe además una relacion directa entre las pasiones y la enagenacion mental, lo que indica la urgente necesidad de difundir la instruccion, porque miéntras más elevada es la cultura de un hombre

dominado por una pasión, tanto menos funestos son los efectos de este estado transitorio. Conviene aquí hacer observar como dice muy bien Minzloff que las penas sufridas son una preparación para crímenes ulteriores; porque si descontamos del número de condenados puestos en libertad anualmente, el de los que han muerto en prisión ó inmediatamente después de su salida de ellas, se encontrará que la inmensa mayoría de los condenados libres y vivos reinciden. Se ha observado también la tendencia á la enagenación en las prisiones penitenciarias.

Se vé, pues, que las más juiciosas investigaciones científicas modernas y hablo nada menos que de las ciencias experimentales, la biología y su más elevada rama la psicofisiología, conducen á la irresponsabilidad parcial ó total de los criminales.

Si, pues, Mr. Bordier encuentra lesiones craneanas en un 42 p% de asesinos decapitados; si Mr. Benedik comprueba 58 anomalías cerebrales en 19 criminales húngaros; si para Broca no son los criminales hombres normales sino que han necesitado para llegar al crimen salirse de nuestra naturaleza; si al lado de estas fatalidades que pueden llamarse orgánicas, congénitas, colocamos las fatalidades contraídas, tales como las sífilis, el alcoholismo, el traumatismo, que causan un gran número de lesiones cerebrales y desórdenes mentales; si recordamos esas epidemias de crímenes que señala la historia, fatales por el carácter contagioso que entrañan; si ponemos á contribución en favor de la irresponsabilidad esas ausencias, desórdenes y desdoblamientos del *yo* que con tanta sagacidad han sido estudiados por Kieshaber, Azam, Littré, de Boëns, con el nombre de doble conciencia, y que están más ó menos ligados á diversas afecciones tales como el histerismo, la epilepsia, heridas graves, anemia, clorosis; si aceptamos, á beneficio de inventario, aquellas fatalidades sociales que hacían exclamar á Emile de Girardin, que la criminalidad es el producto de un estado social sobre el cual las penas no deben tener ninguna acción, veremos, señores, que todavía los rarísimos asesinos que no entran en alguna de las cuarenta ó cincuenta categorías enunciadas, podrán victoriosamente contestar por los labios de sus elocuentes defensores, que las circunstancias en que han nacido, la educación que han recibido,

los ejemplos que han tenido á la vista, sus arranques irresistibles, su imaginacion, en fin, han debido arrastrarlos inconsciente y fatalmente al crimen.

Y hé aquí como parece venir la ciencia, aparentemente por supuesto, á apoyar la tésis sentimental sostenida en el elegante discurso de mi amigo el Sr. Espinosa de los Monteros, que ha sido el punto de partida de este debate en el que me toca la ingrata tarea, pero esta vez en la agradable y honrosa compañía de mi elocuente amigo el Sr. Sanguily, de ser el abogado de la muerte.

Pero, señores, es necesario hacer constar positivamente que estos principios nuevos, que en nombre de la ciencia deben servir para la apreciacion de los actos criminales, no están todavía bastante bien definidos, y de ahí las justas indecisiones, las incertidumbres cuando se trata de aclarar hechos de dudosa criminalidad á consecuencia del estado cerebral indeterminado de los acusados en el momento del crimen. Los mismos peritos, que debian hacer la luz en estos casos, concluyen con harta frecuencia por oscurecerlos más; y es que la ciencia no ha alcanzado todavía la precision, la seguridad, la perfeccion á que noblemente aspira. De manera que tenemos el derecho, perfecto bajo el punto de vista de la ciencia constituida, de rechazar esta arma poderosa, la irresponsabilidad moral que hábilmente esgrimen los sedicentes partidarios científicos de la abolicion de la pena de muerte. Pero nos conviene seguir aquí al incomparable Macaulay cuando defendía la conducta política de Milton. Tantas razones le asistian y tan sólidas son las que á nosotros nos ocurren en nuestro caso, que, como él, estamos dispuestos á imitar la altiva generosidad de aquellos antiguos caballeros que hacían juramento de entrar en liza sin casco ni peto, renunciando de antemano, á favor de su contrario, las ventajas del sol y del viento.

II

Señores, si la criminalidad es una fatalidad no hay ley alguna moral, que pueda aplicársela; pero existen en cambio leyes sociales que deben fundarse en la necesidad de proteger la sociedad y en la utilidad

como muy bien dice Dailly, de sustraer al enfermo á su propia direccion. Y si la ciencia demuestra que la criminalidad es una fatalidad, es monstruoso, señores, aplicar penas basadas en una responsabilidad moral que no existe; pero como no es posible por otro lado dejar expuesta la sociedad á los brutales ataques del asesino, porque segun Montesquieu la seguridad de los ciudadanos es la base de la seguridad de las naciones, surge imperiosa la necesidad de buscar un fundamento ménos movedizo, más positivo y equitativo al derecho penal y este sólido fundamento lo encontramos en la *responsabilidad social* (1).

Es la responsabilidad social, la del individuo delante de la colectividad social. En nuestras sociedades modernas cada ciudadano, cualquiera que sea la clase á que pertenezca, elevada ó no, instruido ó ignorante, debe ser juzgado, en los actos de su vida pública, no conforme á su estado de conciencia y de inconsciencia solamente, sino conforme á los perjuicios que sus actos han ocasionado á sus semejantes. Despues de los progresos recientes de las ciencias, hemos visto que la responsabilidad personal considerada desde el punto de vista del libre ejercicio de las facultades morales, de tal manera viénese cada dia atenuando ante las leyes penales, que si no se apresuran los hombre de la ley á suplir esta insuficiencia con un nuevo modo de apreciacion de la criminalidad más en relacion con uno de los fines esenciales de la sociedad, es de temerse que fundándose los médicos peritos en un determinismo más ó ménos irresistible de las acciones humanas, á consecuencia de la conformacion especial de los cerebros, de la variedad de las funciones, de las facultades, del hábito, de la herencia, de los medios, de la educacion de los diversos individuos, no concluyan por declarar inocentes, dignos de generosa conmiseracion, quizás á los más repugnantes asesinos: verdadero peligro social que se hace necesario señalar á las futuras generaciones.

Pero permitidme señalar, aunque sea incidentalmente la superioridad á cada paso comprobable de la filosofía positiva sobre sus respetables antepasados, la teología y la metafísica. Surge un conflicto entre las antiguas nociones metafísicas y los progresos incesantes de la cien-

(1) De Boëns.

cia, como el que venimos señalando, demuestra ésta que son irresponsables moralmente considerados los asesinos y ¿cómo aplicar una penalidad que como la nuestra se apoya en esa concepción metafísica de la responsabilidad moral, á individuos que obran á impulsos de una fatalidad irresistible? Pues el dilema es inquebrantable: ó se condena á un inocente, ó tendríamos que compadecer, que consolar, glorificar quizás á los autores de esos crímenes monstruosos en cuya perpetración se ostentan lujosamente los más perversos y repugnantes instintos. No hay una solución equitativa colocándose en ese punto de vista metafísico de la responsabilidad moral, de la justicia absoluta. Pues para la filosofía positiva que no se basa en abstractas concepciones, sino que se apoya en la relatividad positiva de las cosas, no existe el conflicto porque apoyaría su derecho criminal en un hecho positivo, irreductible: el que se enuncia en estos sencillísimos términos: *cada uno es responsable de sus actos*. ¿Hasta dónde, en qué forma, con qué fin? esos son puntos secundarios; pero que no se discutan los hechos, que no se diga que el acusado no es culpable, cuando no existen dudas sobre la perpetración del crimen, que continúa siendo tal, aunque el cerebro esté más ó menos inyectado, la pia-madre más ó menos adherente, la aracnoides más ó menos opaca, el cráneo más ó menos grueso, el pliegue de paso de la tercera circunvolución más ó menos bien dibujado.

Es preciso, pues, oponer la *responsabilidad social* á la *responsabilidad moral*.

Los que toman por base de la criminalidad la *conciencia de sí* ó la responsabilidad moral admiten necesariamente que la inconsciencia trae consigo la irresponsabilidad. En este caso la sociedad se encuentra desarmada en presencia de ciertos criminales. Si se admite un estado de conciencia imperfecta que implicára una responsabilidad parcial, se cae en el desorden de las apreciaciones arbitrarias de los estados físicos y psíquicos particulares, y no se olvide que hasta hoy no pueden ser positivamente determinados por la ciencia. Esta es la alternativa ante la cual duda hoy la magistratura.

En la opinión de de Boëns delante de un acto criminal que ha atentado á la existencia de uno ó muchos miembros de la comunidad,

no hay más que tres cuestiones que resolver. ¿Cuál es el daño causado por el criminal? ¿qué consecuencias su crimen, desembarazado de las circunstancias fortuitas, favorables ó desfavorables que lo han acompañado, podría tener para la sociedad? ¿cuáles son las probabilidades de que, colocado el culpable en análogas circunstancias, pueda entregarse de nuevo á actos de la misma especie?

Se trata, señores, de precaver á los miembros regulares, prudentes y útiles de la comunidad, contra las bárbaras agresiones de ciertos individuos mal organizados, malévolos, pervertidos, inútiles casi siempre bajo el punto de vista del bienestar general, que son en la sociedad lo que en nuestros campos los animales dañinos: peligrosos. ¿Hasta qué punto entónces debemos tener en cuenta su mayor ó menor cantidad de conciencia íntima, de responsabilidad moral, en el momento de la perpetracion del crimen? No impide la mayor ó menor cantidad de conciencia, que el mal deje de serlo, que el perjuicio se haya causado, que el peligro sea amenazador.

Fácilmente se inclina uno á compadecer á los individuos que se encuentran bajo la espada de la justicia. Se dice: es un mal educado, un borracho, un degenerado, un fanático, un maniático. ¿Y qué importa eso á los bien educados, á las personas honradas, prudentes, razonables, que correctamente cumplen sus deberes, y lealmente ejercitan sus derechos cívicos? Hace la nacion lo que puede, á *la altura de las condiciones sociales del grado de cultura de la época*, por establecer en su seno el orden, la prudencia, la armonía; por inspirar á cada uno de sus miembros el gusto de lo bueno y de lo bello, el amor de lo justo y de lo verdadero. Cultiva lo mejor que es posible, á la vez el cuerpo y el espíritu. ¿Y acaso permite el labrador que la zizaña ahogue el grano? ¿Y dejará la sociedad á los individuos mal educados ó mal organizados vagar libremente, so pretesto de que al cometer un asesinato no sabian lo que hacian?

No pretendemos que todos los asesinos sean igualmente castigados, ni que deban desentenderse las circunstancias atenuantes que á veces, y hasta cierto punto, pueden excusar á los culpables; por más que las circunstancias atenuantes que fueron en su tiempo, como muy bien dice Fouillée, un progreso capital, han traído á veces consecuencias

desastrosas, ejemplos: esos escandalosos procesos del vitriolo y del revolver que parecen haberse puesto de moda en la capital de Francia y en los que la libre absolucion de los acusados les ha traído una ruidosa ovacion, cuando han debido emplear en la defensa de su virtud, la energía que tuvieron para realizar una venganza más ó ménos justificada. No, lo que pedimos es que en vez de colocar el principio de la responsabilidad moral en primera línea al hacer la apreciacion de la criminalidad, sea relegado al tercer lugar, colocándolo al lado de las consideraciones que se refieren á esta cuestion. ¿Cuáles son las probabilidades de que colocado el culpable en análogas circunstancias se entregue nuevamente á atentados de la misma especie?

La sociedad, señores, tiene el derecho, no de castigar, de vengarse, pero sí de defenderse de los séres irresponsables. Cuando podemos, matamos los animales feroces y que no tienen tampoco responsabilidad moral; y si existen hombres semejantes á dichas fieras tiene el derecho y el deber la sociedad de ponerlos en absoluta imposibilidad de perjudicar. La justicia no debe apoyarse exclusivamente en tal ó en cual derecho, ni aquí en el derecho social, ni en el individual allí; debe, hasta donde pueda, conciliarlos; pero teniendo siempre presente que el primero debe pasar ántes que el segundo, que es todo lo contrario de la tendencia actual en estas materias.

El individuo que aún involuntariamente cause un perjuicio á sus semejantes debe repararlo de una manera proporcional, esa es la ley social. El hombre que tomando el hábito de emborracharse, ó cualquier otro hábito vicioso, se entrega á la vagancia, se pervierte y llega á ser incapaz de dominarse, ¿ha de ver sus más graves faltas, como el asesinato, excusadas por esa série de faltas secundarias que se llaman borrachera, corrupcion, con todas sus consecuencias? Porque esos desgraciados, ó esos miserables, no han podido, ó no han querido, detenerse en la pendiente del vicio, porque han rodado hasta el fondo del abismo, por cobardía ó por lujuria, la sociedad que ántes que nada, debe ser la protectora de las gentes honradas, ¿dirá tranquilamente á los criminales: os absuelvo, sois libres, ó poco ménos, porque no os dais cuenta de lo que haceis, á tal extremo estais embrutecidos?

No, la probabilidad, que suele equivaler á la certeza, hace esperar

que en análogas circunstancias, se entregará el criminal á los mismos excesos, y esta consideracion trae consigo la aplicacion de una ley severa, en relacion con la magnitud del crimen: única manera de que la penalidad sea eficaz.

Ha sostenido aquí la palabra elocuente de un distinguido abogado, el Sr. Giberga, que la pena de muerte era ineficaz. Sí, la penalidad es en general ineficaz; pero es, señores, que la vemos constantemente contrarestada en sus aplicaciones, con negativas interpretaciones, y que el ejemplo, ese gran factor, como dice Dailly, de la moralidad humana y de la responsabilidad social, ya no aparece á los ojos de los hombres sino como un imbécil espantajo que se desvanece al calor de la elocuente palabra de un hábil abogado. Pero si la represion constante, regular, inflexible, sin excusas ni circunstancias atenuantes, fuese aplicada durante algunos años, el sentimiento de la responsabilidad social se desenvolveria en el seno de los grupos humanos con una prodigiosa intensidad, y bastaria por sí solo este sentimiento para establecer el orden necesario.

Ese exagerado respeto del derecho individual que ha llegado á hacer olvidar los derechos de la sociedad, al extremo de decretar la absoluta inviolabilidad de la vida humana, estriba en que la famosa divisa revolucionaria, *libertad, igualdad, fraternidad*, tomada en un sentido demasiado absoluto, (siempre este engañoso punto de partida) fué llevada tan léjos, que ha quebrantado el principio mismo de la organizacion social, llegando al absurdo de que individuos peligrosos, tan temibles como las fieras de los bosques, se dejen libres ó poco ménos, de entregarse al mal, por haberse podido demostrar más ó ménos científicamente, que en el momento en que atentaban á la vida de sus semejantes, se encontraban bajo el imperio fatal de una alucinacion ó de una súbita exaltacion que dominaba su voluntad!

Señores, la pena de muerte es un derecho social; pero los derechos sagrados del hombre exigen que no se aplique sino á individuos profundamente viciados, en los casos en que no sea posible la más ligera duda y en el interior de las prisiones. Que no somos de los que creen en la eficacia del ejemplo del cadalso. Esta es una concepcion idealista, invocada por los partidarios metafísicos de la pena de muerte.

Es esta una pena justa, necesaria á la depuracion del cuerpo social y al mantenimiento de su organizacion particular; es necesario sostenerla en nombre de la seleccion sexual, destruir la cepa que produce asesinos. El asesino por sistema ó por vicio de organizacion, debe ser separado para siempre y de la manera más absoluta de la vida comun. No debe dejársele en el caso, ni de perpetuar su raza, ni de recobrar ni aún momentáneamente su libertad; que lo que hace para las masas la eficacia de la pena de muerte, es la seguridad de que existe y de que será rigurosamente aplicada al que de ella se haga acreedor. El instinto de conservacion, el amor de sí es tan natural en el hombre! Este instinto es en general tanto más pronunciado, cuanto ménos elevados son el carácter y la inteligencia. Soportan la mayor parte de los vagabundos las más penosas privaciones, desafían las intemperies de las estaciones, los castigos severos de la justicia, sin cansarse de su triste existencia.

Muchos de esos mónstruos, llegan á ejecutar fria y cobardemente los más repugnantes crímenes, cuando tienen la seguridad de que, cuando más, se exponen á ser encerrados por el resto de sus días en una prision, á costa del Estado. No hace mucho que en una gran capital de Europa un hombre de una familia distinguida, padre de tres niños, que se vió obligado por sus desórdenes y cobardía á vivir del engaño, se le ocurrió para hacerse encerrar en una prision, destrozar el cráneo de su infeliz mujer.

Apartándome tambien en este punto de mi elocuente amigo el señor Giberga, encuentro que son infinitamente más numerosos los asesinos cobardes que los enérgicos; pues basta generalmente la energía, por muy pobre que sea un hombre, para hacerlo luchar animosa y dignamente en este rudo combate de la vida.

Dejemos, pues, señores, cernerse sobre la cabeza de los malvados, de esos habituales clientes de las prisiones y de los presidios la eficaz perspectiva de la pena de muerte y ya vereis que solamente el temor del fin supremo, el instinto de conservacion, los aleja cada vez más de esa monstruosa tendencia de atentar á la vida de sus semejantes.

«Mantengamos, dice de Boëns, en nuestros códigos la pena de muerte. Abolirla, es alentar, incitar al asesinato, ofreciendo la prision

como premio á individuos que no tienen otro refugio que ella y que están acostumbrados á no temerla; abolirla es renunciar á una de las medidas más eminentemente preventivas y eficaces para la seguridad del honrado ciudadano y para la seguridad del Estado».

Señores: hemos concluido, el aparente espíritu pesimista de las ideas aquí emitidas no llegará á hacernos exclamar con el viejo Copenhelleth: «feliz mil veces el aborto que no habiendo visto la luz del día, tampoco ha visto esta mala obra que se realiza bajo el sol».

Y si no creémos en esos sueños generosos y consoladores que han constituido el fondo de las creencias de nuestros antepasados, y que han sido las bases frágiles de nuestras instituciones, es que somos de nuestro tiempo, que convencidos tratamos de seguir sus señales; y que aunque sabemos que es muy agradable ser niños siempre, tener el derecho de la indiferencia, no sentir pesar sobre sí ninguna responsabilidad, encontrarlo todo nuevo y bello; encantarnos con los cuentos de hadas y con las leyendas maravillosas; creerlo todo realizable, nada imposible y saltar alegremente por el camino de la vida, aún después de habernos destrozado las carnes en las zarzas que lo rodean, también sabemos, y con dolorosa experiencia, que la infancia pasa, como pasa la virilidad; que esta misma ley se cumple en las sociedades y que en ambas el destino es el desenvolvimiento. Y que si para el hombre desenvolverse es aprender, es aumentar sin cesar la suma de sus conocimientos, es fortificar su razón quitando así á la loca de la casa la dirección de su conducta y de sus pensamientos; para la sociedad desenvolverse es apoyar sus instituciones sobre las bases sólidas de las ciencias experimentales, que disipan esos espejismos de falaces esperanzas y de peligrosos consuelos, que son propios de las vaporosas creencias teológico-metafísicas.

¿Acaso quiere esto decir que el hombre queda sin consuelo ni esperanzas, porque no pueda ya consolarse, ni esperar, ni temer como los niños? No, escuchad más bien á Pompery, cuya frase elocuente servirá, por lo ménos, para que disculpeis estas largas é ingratas reflexiones. «Al iniciarnos en la inmensidad de los espacios y en lo infinito de los tiempos, muéstranos la ciencia que es bien débil el hombre y de una bien efímera duración. Pero no nos inspira ningún loco te-

rror de un Dios colérico, vengativo y verdugo eterno de su criatura; ni nos amenaza con un infierno de incesantes y variadas torturas. Al contrario, todo lo que la ciencia nos dice sirve para darnos una salu- dable y firme confianza en lo que es y en lo que puede ser.

Tiene el hombre culto el derecho de creer, no en la inmortalidad de las formas y de las manifestaciones de la vida; sino en la eternidad de su principio. Nada viene de nada, todo sin cesar se transforma; ni una sola molécula del universo se anonada. Esto es ciencia cierta. ¿Qué será de nosotros despues de nuestra muerte? ¿Dónde estábamos ántes de nacer? Nadie lo sabe.

Pero no nos está prohibido concebir las más elevadas y magníficas esperanzas. Podríamos imaginar por ejemplo y esta es por lo ménos una hipótesis positiva, que las humanidades de los planetas de nuestro torbellino, se reunirán en el sol, que una nueva y superior existencia, hoy inimaginable, se producirá en el seno de nuestro espléndido astro central, que al cabo de centenas, de miles de millones de siglos de esta vida solar, el astro se precipitará sobre otros soles para fundirse en una estrella de órden superior, formando parte de esas estrellas triples, cuádruples de variados colores y así sucesivamente en la infinidad de los tiempos y en la inmensidad del espacio.»

No, éste ni ningun otro sueño, más ó ménos hipotético, nos está prohibido, lo que sí no nos está permitido es asegurar que sean una realidad, porque no podemos probarlo.

Desde que del infinito se trata, señores, lo prudente se reduce á exclamar con Montaigne: Qué sé yo? El infinito escapa á la aprension de nuestro entendimiento.

«La primera cualidad de la razon ha dicho Pascal, es reconocer que hay una infinidad de cosas que están fuera de su alcance. Bien débil es si no puede llegar hasta allá. Es necesario saber dudar, donde sea necesario dudar, asegurar cuando se pueda, saber someterse donde la fuerza imperiosa de las cosas se nos impongan, y quien no sabe hacer todo esto no entiende la fuerza de la razon», ni es digno, exclamamos nosotros, de combatir el noble combate.

J. F. ARANGO,

LOS CONTEMPORANEOS DE SHAKSPEARE.

El equivocado juicio de M. Alfred Morel-Fatio sobre el teatro inglés al considerar á Shakspeare como un fenómeno en la literatura británica y negar á ésta una manifestacion dramática continuada y homogénea, como la de España, por ejemplo, ha sugerido al Sr. Director de la REVISTA CUBANA algunas interesantes observaciones que apoyan mi artículo, impreso en el último número de la referida publicacion, con motivo de un discurso del sábio profesor, donde se estampa el mencionado juicio. El hecho de partir una opinion desacertada de lábios tan autorizados, reviste gran importancia.

Cuando el que sienta una proposicion errónea goza de la merecida fama del autor de semejante discurso, está más expuesto á rendir estrecha cuenta que otro cualquiera de ménos influjo en la república literaria. El Sr. Varona tan profundo y competente en ésta como en otras materias, recuerda á mi favor ciertas palabras de una docta conferencia de Leopold Schmidt—de la Universidad de Bonn—el cual considera, si bien á su vez exageradamente, que los únicos teatros *nacionales* conocidos en Europa son el inglés y el español. Pero dado que Francia tenga el derecho de queja contra el erudito aleman, no lo tendria ménos Inglaterra contra el francés. Shakspeare fué el producto de una escuela dramática tan acabada en ese sentido como la española, y en ningun concepto puede afirmarse lo contrario, porque lo niega la existencia de los dramáticos ingleses sus coetáneos, á él uni-

dos por numerosas relaciones, y cuyos nombres ha citado oportunamente la REVISTA CUBANA.

El siglo brillante de Isabel—reina de la cual se ha dicho que reunía á las delicadas aficiones femeninas los más robustos y varoniles sentimientos—el siglo de Isabel cuenta, alrededor de esta mujer excepcional, ilustres poetas y escritores que honran la historia de su pátria. El teatro, especialmente, adquirió entónces un vigor digno de nota y la afición general por este espectáculo, esparcida en todas las clases sociales, desde la Córte y la nobleza hasta el pueblo, produjo una multitud de autores y de actores que cobraban de sus trabajos provecho y fama. Si el arte escénico carecía de la perfección de nuestro tiempo, si los aparatos decorativos eran inferiores á los que hoy vemos, si la colocación del público y la forma de la sala,—tan magistralmente descrita en las brillantes páginas de Taine,—eran inferiores á las presentes, y parecida á la de los infectos *corrales* de los días de Lope, en cambio llamaba más la atención el fondo de la obra representada y los habituales concurrentes se prestaban con mayor facilidad á aceptar el convencionalismo de la realidad fingida, sin el cual es imposible la existencia del drama. Algunos críticos perspicaces han notado con tristeza, que mientras más adelanta la tramoya de bastidores más decae la literatura dramática, pero si la consecuencia puede ser atrevida, el hecho que la produce es innegable, porque en el reinado de Isabel, cuando se alzaba el génio gigantesco de Shakspeare, y en España, principió á nacer la musa que animó más tarde á Calderon, un lienzo grotesco ó un letrero, bastaban para cambiar á la vista del público el lugar de la acción, cuando hoy se hacen necesarias increíbles mutaciones y se aplauden obras de arqueología, á las cuales, ni siquiera puede exigirse la precisa conciencia de un tratado científico.

El teatro inglés, en la época de que hablamos, merece estudiarse y juzgarse con gran sentido. «Era entónces, dice el ilustre Villemain, mucho menos estéril é inculto de lo que se supone. Antes de Shakspeare, ya había recibido de la protección de la reina y del talento de algunos hombres una inspiración á la vez erudita y bárbara á la que no faltaba poesía. Es notable tal abundancia de númen teatral, esparcida en años de los cuales Shakspeare ha quedado para el porvenir

el sólo é inmortal representante. Si su nombre ha prevalecido sobre todas las otras reputaciones dramáticas del mismo tiempo, si él las ha oscurecido con su luz, no es ménos verdadero que un poco ántes y á su alrededor, entre los autores desconocidos de la Europa, se pueden escoger algunos rasgos de inspiracion trágica análoga á la suya y como los efluvios del mismo génio» «A la pregunta, añade el crítico citado, de cuáles fueron los maestros de Shakspeare, podrá responderse: sus contemporáneos, y varios no eran indignos de serlo».

«Es uno de los bellos fenómenos de la literatura moderna—decía en 1833 un articulista de la *Quarterly Review* en un notable trabajo sobre *La Escuela Shakespeariana y James Shirley, su último discípulo*, el teatro inglés en el siglo xvi: se reasume en un gran nombre que le sirve de símbolo, el de Shakspeare. Pero lo que se ignora en general es que Shakspeare mismo fué el resultado y el coronamiento, por decirlo así, de una vasta corriente literaria que principia cincuenta años ántes de él y concluye otros tantos despues». Pero ¿qué más? No hace falta citar opiniones para demostrar un hecho tan indudable. Ahí está la historia de la literatura inglesa que lo atestigua, ahí están las obras de Ben Jonson, de Robert Greene, de Christopher Marlowe, de Francis Beaumont y John Fletcher, de Philip Massinger, de John Ford y de otros muchos, y las noticias y observaciones reunidas en el interesante libro de Mezières, que anda en todas las manos.

El espíritu que anima las creaciones inmortales de la vena trágica de Shakspeare, los rugidos de leon, como han sido llamados, sus personajes, se encuentran en las obras de sus contemporáneos, algunos de los cuales, como Marlowe, llevaron el terror en el teatro al más alto grado. Era hombre extraordinario, sin duda, este Christopher Marlowe. De vida desarreglada y vagamunda, jugador y corrompido, murió á los treinta años, víctima del puñal de un adversario indigno, con quien entabló reyerta en una taberna de Lóndres. Sus obras, sin embargo, lo han hecho estimable para la posteridad. Escribió un drama histórico, *Edward II*, ántes que Shakspeare. Su *Jew of Malta*, encierra los gérmenes del gran carácter de Sylock,—pintura imperecedera en la cual trazó la mano maestra del autor del *Hamlet*, los sufrimientos, la degradacion y el génio de la pobre raza proscrita de los hijos de Israel

—y en *Tamburlaine the Great*, horrible cuadro de matanza, demostró el desbordamiento de su imaginación exaltada y tremenda. Pero lo que habrá de conservar en el mundo el nombre de Marlowe es el drama que tituló *The Life and Death of Dr. Faustus*. ¿Qué es el Fausto? ¿De dónde nació ese personaje misterioso que en todas las literaturas ha dejado impresa la marca de su huella? Nadie hoy ignora los detalles de la leyenda que aprovechó Goethe, leyenda que ha tenido innumerables redacciones, fomentada al principio como una narración devota por la piedad de los monjes, representada después en los teatros alemanes, comprendida por el espíritu creador de Lessing y transformada en un extraño monumento, mitad símbolo y mitad poema, que abarcando la región de lo sublime vacila, á veces, sobre los límites de la locura, en la creación maravillosa del gran poeta de Weimar. El *Fausto* de Goethe es todavía un misterio. Los que pretenden explicárselo todo fácilmente, podrán encontrar detrás del *Fausto* mucho más de lo que dice. Algunos espíritus esclarecidos como el de Caro han hallado una filosofía, estudiando en la obra y en el autor la rara influencia de Paracelso y Spinoza. Otros buscan la autobiografía del poeta que ha encarnado en su héroe los deseos y las agitaciones de su vida, como encerró en las páginas del *Werther* un curioso episodio de su juventud. Pero lo cierto es que el gran *Fausto* que el mundo admira, es para muchos pensadores un abismo iluminado á ratos por brillantes ráfagas de luz y oculto casi siempre por las sombras de pasajes tan ininteligibles como el de las bodas de oro de Oberon y Titania, que el mismo Goethe no explicó jamás. Obra gigantesca, si se quiere, gloriosa para la lengua alemana, pero que en su misma grandeza se aparta á veces del alcance de los hombres.

No así el *Fausto* de Marlowe. «Goethe—dice un crítico sincero, M. Alfred Bougeault,—con su arte escéptico, ha dado á su poema un desenlace que se pierde en una región fantástica que está muy lejos, para el efecto moral, de ese grito delirante del remordimiento que Marlowe inspira á su protagonista en el momento en que se desenvuelve la crisis suprema provocada por sus insaciables deseos. Aquí se encuentra el hombre en lucha con su conciencia; es el drama íntimo de la verdad, contra el error del espíritu y de los sentidos, mientras

que en el autor alemán, todo concluye por una especie de fantasmagoría fuera de la realidad, para perderse en las nubes de una mitología fantástica. El autor inglés se ha quedado en la verdad humana: ménos profundo, ménos completo, con nueve más».

Apesar de que por el efecto moral,—como dice Mr. Bougeault,—no debe juzgarse de la bondad de una obra de arte, el resultado de las observaciones de este crítico es cierto, sin duda alguna. El mérito innegable del *Fausto* de Marlowe es el sello trágico y humano que le ha impuesto, hasta el extremo de que en sus últimas escenas se hombrera con Shakspeare, al pintar la angustiosa agonía de su personaje en presencia de un fallo inexorable y tremendo. Lessing tal vez hubiera mejorado la obra de Marlowe con su conocimiento profundo del sistema shakespeariano, si la muerte no le hubiera impedido concluir su *Fausto*, por desgracia de los alemanes y del mundo. Pero el poeta británico está en pié todavía. En medio de los arrebatos salvajes del carácter de su autor y de toda la dramaturgia de su tiempo en Inglaterra, ha conseguido inmortalizarse por ser un carácter, y Marlowe habría sido un competidor de Shakspeare, según la frase de Tomás Campbel, si un incidente lamentable no hubiera terminado su existencia.

Imposible es en los pequeños límites de un artículo, abarcar el cuadro completo de los contemporáneos de Shakspeare. A nuestros ojos aparecen, cuando evocamos esta época, figuras que necesitan para bosquejarlas serias meditaciones, apesar de la injusticia con que los ha tratado Morel-Fatio. El vigoroso pincel de Webster; la ironía, el desenfreno, el libertinaje de Marston, en cuya pluma se unieron Swift, Rabelais y el Aretino; las escenas inmundas de Dekker salpicadas por rasgos sublimes en *The Honest Whore*; la verdad de Middleton y de Rowley; el arte tan difícil de la emoción y del efecto, poseído por Ford; la elocuencia fría y severa de Massinger; las idénticas facultades de Beaumont y Fletcher, ejemplo raro en la historia y del cual nos ha mostrado dos la Francia contemporánea en los Goncourt y Erckman-Chatrian; el talento histórico de Chapman, autor del *Bussy de Amboise*, y las facultades dramáticas de Green, exigen para explicarse mayor serenidad y estudio. La observación delicada del atildado Ben Jonson, víctima de no pocas injusticias, era una cualidad rara entón-

ces. Ben Jonson carece de los rasgos geniales de Webster y de Ford, pero se distingue en cambio por un estudio analítico y detenido de los caracteres ridículos, que le ha valido ser comparado á Steel y á La Bruyère. Estos escritores que, si carecen de las violentas sacudidas del génio, se distinguen por la perseverancia y por otras sólidas cualidades del talento, son merecedores tambien del aplauso del crítico. Ellos conservan puro el idioma, desarrollan el juicio y el estudio paciente de la vida y corrigen los grandes defectos sociales con la tenacidad del hombre de buen sentido y la conciencia del artista. Así fué Ben Jonson. Si acaso sus contemporáneos exageraron la importancia que debia dársele, si al llamarle el «raro Ben Jonson» le dieron un puesto á que no tenía derecho, tampoco debemos hoy desconocer sus servicios y sus méritos indisputables. Estilista cuidadoso, sus obras serán siempre un modelo de literatura inglesa, y sus composiciones teatrales de conocimiento del corazon humano, que si bien no adquirió con la mirada penetrante y adivinadora de Shakspeare, si con la seguridad y perfeccion del anatómico. Aquella comedia titulada *Every Man in his Humour* —representada en el teatro del «Globo» en 1598 y en la cual se dice que desempeñó un papel como actor el mismo Guillermo Shakspeare —prueba las citadas cualidades de la pluma de Ben Jonson. *The Sad Shepherd*, *The Alchemist*, *Volpone* y sus tragedias *Catiline* y *Sejanus*, inspiradas en la historia de Roma, las confirman, y puede decirse, en resúmen, que, usando la palabra en su recto sentido, Ben Jonson fué un verdadero clásico del siglo xvi.

Los escritores dramáticos que se agitaban alrededor del hombre incomparable que supo crear con *Macbeth* y *Otelo* tantos y tan inmortales caracteres, respiraban la misma atmósfera de su génio, si puede permitirse la frase. Todos (como sucedió en España con Calderon y Lope de Vega) desde la primera obra dramática regular escrita en 1561 por Lord Burckhurt, hasta las del infortunado Shirley, último representante de tan gloriosos dias, expresaban en sus escenas el mismo sentimiento de las pasiones humanas con resortes y efectos casi siempre parecidos. Y el propio Shakspeare se aprovechó de situaciones ideadas por dramaturgos inferiores de entónces, lo que le valió un curioso epígrama de cierto poeta despechado. Pero un hecho histórico de

trascendental importancia—la Revolucion inglesa—al concluir con los teatros, puso término á la escuela shakespeariana, y un solo autor, el mencionado Shirley, continuó la vida miserable del drama inadvertida para la gran masa del pueblo inglés sériamente preocupada por la verdadera y sangrienta tragedia que se desenvolvía ante su vista. Así se explica que Milton, una de las más notables figuras de la Revolucion, apénas tuviera conocimiento de la vida de Shakspeare, que murió cuando él ya habia nacido. ¿Quién podia ocuparse de representaciones fingidas, cuando los puritanos odiaban el teatro, y los acontecimientos políticos de la nacion eran tan conmovedores y dramáticos? La última tragedia histórica de esa época tuvo por héroes á Cromwell y á Cárlos I.

Es un ejemplo repetido en la historia que cada vez que aparece un hombre extraordinario, brotan á su alrededor figuras de segundo orden que lo elevan y acompañan. Dante, Milton, Cervantes, Víctor Hugo, no han estado solos jamás en la literatura de sus naciones. ¿Por qué Shakspeare iba á ser una escepcion? Si sobrepujó á cuantos escribieron ántes que él para las tablas, y han escrito despues, si nadie ha podido igualar sus obras inmortales, si de él ha podido decirse con Emerson que pertenece á otra raza superior á la humana y con Holmes que ha dado á la humanidad un nuevo evangelio, si el mundo entero lo admira y reverencia ¿habrémos por esto de olvidar á los útiles y notables escritores que contribuyeron, en modesta esfera, á levantar el edificio del teatro inglés? Nó. Cada uno tiene su puesto señalado en los nobles trabajos de la inteligencia. Unos llegan al límite más alto á que pueden aspirar los hombres, impelidos por la fuerza del génio con que los dotó la fortuna; otros, ménos privilegiados, forman en filas inferiores. Pero al admirar á los más elevados no despreciemos á los últimos, y cuando oigamos contar las aventuras de uno de esos seres maravillosos, cuando oigamos, por ejemplo, decir que en medio de Europa se levantó una vez un pobre corzo que amarró á su carro triunfante las coronas de los reyes y la libertad de los pueblos, que venció á los ejércitos más temibles, para perecer despues abatido y derrotado en Santa Elena, no olvidemos á los que merecen llevar alguna hoja de sus laureles, á sus generales y á sus soldados, á los que contribuyeron á sus victorias sobre los campos de batalla!

JOSÉ DE ARMAS Y CARDENAS,

LA FISICA MATERIALISTA DE NUESTROS DIAS.

Refutación y Exámen Crítico del Discurso pronunciado ante la Asociación Británica de Lóndres, por su Presidente el Profesor John Tyndall, en el acto solemne de la sesión anual de ese Instituto (1).

SUMARIO.—Introducción.—I. Apreciaciones y consideraciones generales sobre el conjunto del Discurso y sobre los juicios, ideas y doctrinas en él emitidos.—II. Exámen crítico de la parte histórica. Consideraciones históricas.—III. Darwin, según el Dr. Tyndall. Su verdadero valor y mérito.—Exámen y refutación de la parte doctrinal. Consideraciones científicas y metafísicas.—Conclusión.

SEÑORES:

Nada más singular que la continua reproducción de doctrinas viejas, presentadas como teorías nuevas y avanzadas. Diríase que el espíritu humano, con toda su incesante actividad, estaba destinado á girar perpétuamente en un mismo círculo. Señala su marcha progresiva por innumerables cambios y descubrimientos; pero vé y comprende con mucha mayor claridad los hechos que se presentan en su camino, que

(1) Trabajo publicado en el *Blackwood's Edinburgh Magazine* y traducido por el que suscribe.

las leyes y causas que rigen esos hechos; y al llegar á la cúspide de su carrera, á veces vuelve sobre sí mismo. La Naturaleza y todos sus secretos llegan á conocerse mejor, y las fuerzas de la misma se someten más fácilmente á la jurisdiccion de los hombres; pero las fuentes de la naturaleza, de la vida y del pensamiento—todos los problemas ultiores del sér—nunca se hacen más claramente inteligibles: y los últimos esfuerzos de la razon humana sobre estas materias son todavía iguales á los primeros. Distintos en la forma, y á veces ni aún siquiera en la forma, son idénticos en el fondo: pues á pesar de lo intrépido y audaz que en un tiempo pudo juzgarse el curso aventurado de la Ciencia, siempre termina poco más ó ménos como empezó; y los hombres del siglo XIX contemplan los mismos abismos de especulacion científica, que sus antepasados de miles de años. Ningun filósofo del Teísmo puede vanagloriarse de haber penetrado más allá del libro de Job; y el Profesor Tyndall, hablando al mundo desde lo alto del trono de la Ciencia Moderna—que no otra cosa debe ser la Tribuna de la Asocion Británica,—repite sencillamente los conceptos de Demócrito y Epicuro, presentándolos como las últimas conjeturas del espíritu científico moderno.

I

Todo el mundo reconoce en el Profesor Tyndall un hábil y elocuente disertante en asuntos científicos. Se ha ocupado en la vulgarizacion de la ciencia, y sean cuales fuesen las dudas que se susciten sobre la solidez de sus conocimientos, su profunda y sóbria erudiccion, es indudable que ha recorrido con éxito brillante la senda que se trazó. En Inglaterra, como en América, públicos numerosos han oido con entusiasmo sus discursos y lecciones, y la prodigiosa aficcion que actualmente se ha despertado por los estudios científicos, débese principalmente á su celo y actividad.

De ninguna manera nos proponemos ahora entrar en apreciaciones sobre el Dr. Tyndall, considerado como hombre de ciencia; el valor real é imperecedero de sus trabajos científicos está fuera de nuestro alcance. Pero cuando sale del recinto de su cátedra, para dirigir la

palabra al mundo entero sobre esos antiguos y elevados problemas que se rozan con los fundamentos de toda creencia y de todo saber humanos, sus discursos provocan necesariamente la crítica.

No contento con el sencillo papel de expositor, pretende ahora nuevamente asumir, como en otras ocasiones, la investidura de Profeta, vaticinando sobre el porvenir de la Ciencia y de las tareas intelectuales, al propio tiempo que invita á los hombres á prolongar sus miradas más allá de los hechos y de las leyes, hasta el origen de los seres en su sentido más lato. Y aquí podríamos preguntarnos, si la Naturaleza ha dotado al Sr. Tyndall de las facultades necesarias para esa elevada misión. Puede un hombre tener clara y profunda inteligencia, perfectamente adecuada á las observaciones y descubrimientos científicos, brillante, claro y abundante poder de exposición, y, sin embargo, no poseer capacidad suficiente para la especulación, ó para la intuición profética. Esa propia agudeza de vista, que fácil y rápidamente recorre la superficie de las cosas, suele por lo comun embotarse cuando trata de penetrar y ver más allá de esa superficie; esa misma osadía que contribuye en tan alto grado al éxito de los experimentos, á veces se extralimita en las tareas del pensamiento. Ni el Dr. Tyndall ni ninguno de su escuela se distinguen por la modestia de sus esfuerzos; y si todavía no han escalado las murallas que hasta ahora limitan la sabiduría humana, no será ciertamente por haber temido asaltarlas. Y aquí nos viene á la memoria aquella antigua anécdota de Newton, según la cual este hombre extraordinario, en la plenitud de su genio y en medio de sus maravillosos descubrimientos, confesaba su inmensa ignorancia y se comparaba á un niño que sólo ha logrado recoger algunas piedrecitas en las playas de un mar sin orillas. Posible que esto sea un mito, como otros tantos de esas edades de reverencia que hace largo tiempo han pasado; pero nuestros modernos científicos no se hallan ciertamente poseídos de tal espíritu de modesta humildad. Se complacen en las elevadas tareas del espíritu científico; ensalzan y exageran la parte propia de acción que les corresponde; toda doctrina religiosa debe pasar por el tamíz de su gabinete y ser por ellos examinada y analizada. No disputamos sobre esta supremacía reclamada para la ciencia; pero el espíritu con que se demanda esa supremacía,

no es un espíritu filosófico, y mucho ménos un espíritu religioso. La religion, despues de todo, es, señores, un gran fenómeno en la vida y la historia de la humanidad, y tan grande como el que más de los que pudiera ocuparse la Ciencia; es lo más grave y trascendental en la esfera de los conocimientos humanos, y no debiéramos acercarnos á ella sin algo de aquel sentimiento de respeto y ternura debido á lo que es misterioso; sin la profundidad de miras que corresponde á su naturaleza esencial. Magnífico es, sin duda, extender las fronteras de la ciencia y aplicar sus métodos experimentales á la explicacion de la suma total de los hechos y fenómenos del Cosmos; pero es tambien grave entrometerse temerariamente en los principios fundamentales de las creencias de los hombres y de las sociedades, sobre todo cuando no se tiene que ofrecer en cambio más que viejas conjeturas de una filosofía, que más de una vez ha fracasado ya en satisfacer siquiera las aspiraciones intelectuales del género humano.

Y, ante todo, puede preguntarse si la posicion temporalmente ocupada por el Profesor Tyndall es á propósito para ventilar teorías materialistas. La Asociacion Británica ha sobrevivido al ridículo con que fueron al principio saludadas sus Sesiones anuales y ha logrado atraerse trabajadores científicos de los tres Reinos; es un Instituto que tiene representacion oficial, y en realidad su Presidencia asume anualmente cierto carácter representativo. Las opiniones religiosas personales de su Presidente nada tienen que ver con la Asociacion, y hay cierto rasgo de impertinencia en escoger tal ocasion para hacer una inoportuna profesion de fé, sea cual fuere esta fé, antigua ó moderna. Nadie espera ver sus ideas religiosas apoyadas ó atacadas en la Asociacion Británica, ni habia sucedido tampoco que nadie pudiera quejarse del discurso del Presidente por perturbar la norma habitual de sus opiniones en materia de religion. Cuando se quieren abarcar cuestiones fundamentales relativas al origen del Cosmos y al derecho con que la idea de una Inteligencia Suprema, más que la de una mera fuerza, prevalece y gobierna todos los seres, los hombres, ó al ménos los hombres sérios y sensatos, prefieren disponer de tiempo bastante y lugar adecuado para tratar esos asuntos y discurrir sobre ellos. La cátedra de la Asociacion Británica, lo mismo que el púlpito cristiano, no ofrece

ocasion alguna para la réplica; es un lugar de privilegio, y como tal tiene sus reservas decentes así como sus deberes. El profesor Huxley, que ha dado á conocer sus aspiraciones á profeta no ménos que el Dr. Tyndall, áun con capacidad más profunda para tratar de cuestiones así religiosas como científicas, se abstuvo con sumo talento, como Presidente de la Asociacion Británica, de lanzar á ésta en una propaganda de creencias ó de incredulidad científicas: en su elevada posicion habló solamente del progreso de un interesantísimo ramo de la ciencia, al cultivo del cual se ha dedicado. Creémos que para el Sr. Tyndall hubiera sido muy conveniente seguir su ejemplo, tanto por consideracion á su propia reputacion como por la de la Sociedad á cuya presidencia era llamado. Porque esta Asociacion, aunque sobreviviente al ridículo y no obstante haber labrado su camino hasta llegar á ser factor realmente útil del progreso de las Ciencias, no deja, con todo, de tener su aspecto risible: como toda Corporacion popular, ha atraído á sí campeones ilustres é inteligentes en la Ciencia; pero tambien ha recibido cierto número de esos teóricos espúreos, inteligencias superficiales y fanáticas, que andan constantemente á caza de ocasiones para exhibirse ante el público. Tiene efectivamente ese Instituto su turba de moscones, que saben poco de ciencia y no mucho de nada más, pero que encuentran en sus Secciones una esfera á propósito para su hueca declamacion sobre cuantos asuntos se figuran ellos poder tratar: son devotos de lo que hoy se llama Espiritu moderno; acechan con ánsia las palabras de sus apóstoles y profetas, y están siempre dispuestos á propagar cualquier sonido de escepticismo, asiéndose á él, si decirse puede, como á una esperanza de salvacion. Es fenómeno realmente curioso, Señores, ese entusiasmo de incredulidad que flota en la atmósfera de nuestros dias, y la impetuosa corriente de tantos espíritus hácia negaciones de toda especie. Nada, en verdad, presenta mayores dificultades que investigar á solas y con calma la verdad de los grandes problemas; y cierto es que pocos hombres poseen la educada ilustracion y el vigor de entendimiento necesarios para atacar de frente y abarcar por sí mismos tales problemas: en ésto sucede, en general, que ó se espantan con ellos y retroceden á refugiarse bajo alguna forma de creencia ciega é indiscutible, ó, vagamente fascinados por

ellos, adoptan la primera solución atrevida que se les presenta. Esta última categoría de entusiastas suelen considerarse «libres pensadores» porque marchan con el novísimo espíritu de la época, y se despojan de buena gana de las vestiduras de su anterior profesión. Pero en el fondo, suelen ser más fanáticos en sus ideas que los ciegos partidarios de antiguas creencias. Los hombres y las mujeres que profesan su incapacidad de creer nada de lo que sus padres han creído, consideran con reverencia las huecas generalizaciones de una falsa ciencia é imaginan alimentar sus espíritus con ellas. Son tan decididos partidarios de la autoridad, como aquellos que se hallan prontos á abjurar toda ciencia al mandato de una supuesta voz sobrenatural.

Es un mal en sí, y un mal para la Asociación Británica, alimentar los groseros apetitos de esos neófitos del espíritu moderno, que han echado á un lado la religión, sin poder siquiera invocar el talento en su apoyo. Escasa recompensa recibiría el Dr. Tyndall en sus mejores momentos con el entusiasmo de tales discípulos; y, sin embargo, puede decirse que á ellos, y sólo á ellos, se dirige de plano semejante discurso. Los más pensadores de entre sus oyentes habrán quedado encantados con su elocuencia, la brillante claridad y rápida fluidez de su dicción en algunos períodos; pero al mismo tiempo deben haber sido lastimosamente afectados por el corto alcance y lo superficial de su disertación, así como por la inconsecuente presunción de sus conclusiones. Para estos hombres no es nuevo el atribuir un origen material á todos los seres del universo, ni la hipótesis que reviste la materia con todas las fuerzas posibles de la vida: esto admitido, casi nada queda ya por explicar; pero por otro lado, en este punto como lo veremos en el curso de este trabajo, tan fácil es hacer una hipótesis en un sentido como en el otro, y las hipótesis del Materialista son al ménos tan indemostrables como las del Teísta.

El Sr. Tyndall sabe de seguro todo esto, y conoce las dificultades que asedian tanto su teoría como todas las teorías sobre estos asuntos. Hubiera debido, por lo tanto, tener presente que muchos de entre su auditorio habrían de recibir su teoría como una verdad, tal como si él fuese una especie de Papa infalible de la Ciencia; debía estar penetrado de que lo último que debiera desear un verdadero hombre de cien-

cia, es alentar esa especie de presuntuosa ignorancia que confunde la hipótesis con el hecho, y las «conjeturas en busca de la verdad» con la verdad ella misma.

II

Pero es preciso, Señores, examinar con más cuidado el Discurso del Dr. Tyndall. Nuestra crítica será mejor entendida, cuando sometamos sus puntos capitales á vuestra consideracion; es justo y leal que le oigamos á él mismo y que sigamos el mismo orden y enlace con que presenta sus ideas.

Su disertacion es en parte histórica y en parte doctrinal. Toda ella está escrita con suma claridad, sembrada de tintes sutiles, brillantes y expresivos, en los que con frecuencia el orador se revela como maestro; y, sin embargo, considerándola en su conjunto, peca por falta de conexión en las ideas y por la poca elevacion de los conceptos. Pasa con gran destreza de un asunto á otro, y mezcla en ingeniosa combinacion, historia con doctrina y doctrina con historia; pero á pesar de ésto, no ha agotado las fuentes de la historia, ésta no siempre es exactamente tal como él la presenta, ni sus argumentos se hallan asentados con solidez y energía. Por lo tanto, puede uno fácilmente equivocarse en cuanto al sentido real y exacto de algunos de sus períodos, y sobre las verdaderas conclusiones á que se encamina.—Pero lo que es casi imposible dejar de comprender, es el objetivo primordial de su pensamiento: á saber, el antagonismo que en todas partes presenta entre la Ciencia y la Religion, ó al ménos entre esa Ciencia y la religion *bajo cualquiera de las formas en que los hombres acostumbran admitirla*. En lo que sigue, cuidaremos de demostrar cómo toda su escuela exagera considerablemente este antagonismo, y probar que sólo puede darse á éste algun viso de realidad por medio de concepciones teológicas alteradas de un lado, y reclamando, del otro, para la Ciencia lo que nunca podrá incluirse en su esfera.

Desde las primeras frases de su Discurso, el Sr. Tyndall suscita este supuesto antagonismo. «Un impulso innato en el hombre primitivo hizo á éste dirigir sus pensamientos y demandas hácia los orígenes de los fenó-

menos naturales. Este mismo impulso, hereditariamente transmitido y considerablemente aumentado, es hoy el estímulo de la actividad científica. Por él incitados, y mediante cierto procedimiento de abstracción, nos elevamos de los experimentos á inducciones, y formamos las teorías físicas, que se extienden más allá del campo de los hechos, pero que satisfacen ese afán del espíritu de asignar una causa determinada á todo fenómeno natural. Nuestros antepasados de las épocas más remotas de la Historia (y probablemente, podríamos añadir, los de las Edades prehistóricas), hasta donde alcanzaban sus inteligencias, siguieron el mismo sistema, al formar sus conceptos sobre el origen de las cosas. Como nosotros, también ellos se fijaron en la experiencia, pero con la diferencia de que los hechos especiales que les sirvieron para formar la sustancia y la serie de sus teorías eran entresacados, no del estudio de la naturaleza, sino de aquello que yacía mucho más cerca de ellos, de la observación del hombre. Consecuentemente sus teorías tomaron una forma antropomórfica. El gobierno y las leyes de los fenómenos naturales fueron encarnados en seres *suprasensibles*, que, aunque poderosos é invisibles, eran unas especies de criaturas de linaje humano, quizás salidas de entre los hombres de este mundo y conservando en todo las pasiones y apetitos humanos».

Las palabras de este párrafo comprendidas entre *c* millas, son tomadas de la tercera sección de la *Historia natural de la Religión*, de Hume. Pero el objetivo de Hume no era el mismo que el que se propone el Dr. Tyndall. Sin embargo, los conceptos del gran escéptico del siglo XVIII vienen naturalmente en apoyo de sus secuaces del siglo XIX. Es, en efecto, curioso, Señores, como casi todas las ideas fundamentales del Positivismo moderno fueron anticipadas por Hume; y no meramente insinuadas en lenguaje vago, sino proclamadas con expresiones harto más claras y terminantes que las que suelen hoy usarse. Esas ideas tan corrientes sobre antropomorfismo, son sencillamente un eco de Hume, ó del escéptico *Philon* que se puede suponer le representa en sus «Diálogos sobre Religión Natural». En el ensayo de donde se tomó la cita anterior, habla Hume «de la tendencia universal de los hombres á imaginar seres de toda especie, pero de la misma constitución y naturaleza que ellos mismos, y á trasportar á todo ob-

jeto sus cualidades propias, con las cuales están perfectamente familiarizados» (1). En todas partes está Hume embebido de la idea moderna que considera el alma como un mero efluvio de la naturaleza, tal como «el calor, el frío, la atracción ó repulsión, ú otro fenómeno cualquiera que caiga bajo la diaria observación» (2). Aún más, es Hume el conocido precursor de ese como tono de condescendencia hácia la religión, tan frecuente en la actual escuela y que aparece con énfasis harto desagradable en el epílogo del Discurso del Dr. Tyndall; de ese tono que concede á la religión un valor subjetivo en el terreno de la fé y de la sensibilidad, pero valor ninguno objetivo en la realidad de las cosas. Es, por tanto, muy natural ver al Presidente de la Asociación Británica apoyarse en el sutil, ingenioso y humorista filósofo escocés que tanto ha hecho en la esfera del pensamiento para nuestros modernos filósofos ántes que éstos nacieran.

Y con todo, no aplica el profesor Tyndall con mucha rectitud la cita de Hume. Este escribía sobre el origen de la religión, y no sobre supuestas teorías relativas al «origen de las cosas». El origen de la religión, sostiene Hume, no debe verse en la contemplación de los fenómenos naturales, porque tal contemplación no podía ménos de conducir al hombre á la concepción de una causa universal, «ó de un sér único que ha dado existencia y ordena esta vasta máquina, ajusta sus partes todas conforme á un *plan único y regular*, ó segun un *sistema coordinado* Todo en el Universo, añade, pertenece evidentemente á una sola pieza: el todo está ajustado al todo; al través del conjunto sobresale un *plan único*, y esta uniformidad conduce el espíritu á la idea de un solo autor» (3). No es la observación de la Naturaleza, sino

(1) Sección III.

(2) Diálogos sobre Religión natural, Parte II.

(3) *Historia natural de la Religión*, Parte II.—Aquí como en otros pasajes podría creerse que el Teísmo de Hume es ostentación. Sin embargo, podría ser verdadero y sincero; pues no obstante ser el principal autor de muchas de las ideas dirigidas hoy por la Escuela Moderna para quebrantar las bases del Teísmo, no puede decirse terminantemente que desertó las filas de esta doctrina, ó al ménos nunca declaró haberlo así efectuado.

la de la vida humana en sus miles accidentes y variaciones lo que lleva al hombre á la concepcion de una «turba de dioses», investidos del gobierno del universo.

Que la teoría de Hume sea verdadera ó no, nada tiene eso que ver aquí; pero él busca en el corazon humano una explicacion del origen de la religion, y no el origen de los primitivos conceptos del hombre sobre los fenómenos naturales.

Segun nuestro disertante estas ideas tomaron, pues, al principio, necesariamente «una forma antropomórfica»; y, sin embargo, «allá en los albores de la Historia, se levantaron unos hombres de genio excepcional», que rechazando las ideas antropomórficas pensaron «en relacionar los fenómenos naturales con los agentes físicos». Pero ántes de semejantes esfuerzos, la especulacion humana fué estimulada por los viajes y el comercio de los hombres; y «en esas regiones, donde la aristocracia mercantil de la antigua Grecia se mezcló con sus vecinos del Oriente, nacieron las Ciencias». Aquí sigue una cita de Eurípides (la cual se encuentra en la misma página de Hume que las palabras anteriormente reproducidas) que narra los caprichos atribuidos á las deidades populares, á fin de hacerlas más veneradas para los hombres.

«Este era, dice el Sr. Tyndall, el estado de cosas que el progreso de las ciencias debia hacer desaparecer, pues éstas requieren la completa extirpacion del capricho y la absoluta subordinacion de los fenómenos á las leyes de la Naturaleza».

Entre los grandes hombres que entraron en la lid de este proceso de exterminio científico, ocupa Demócrito un puesto preeminente. Bajo el apodo del «filósofo que se ríe», pocos hombres «han sido más maligna é injustamente tratados por la Historia». Pero su verdadero valor y grandeza fueron tiempo há señalados por Bacon, «que lo consideraba como á un hombre de espíritu y peso superiores á Platon y Aristóteles, por más que la filosofía de estos últimos fuese aclamada y celebrada en las escuelas con el estruendo y pompa de los profesores».

En su disertacion sobre Demócrito, el Sr. Tyndall confiesa con toda franqueza los favores que debe á la *Historia del Materialismo*, de Lange, «al espíritu y á la letra de la cual dice, soy igualmente acreedor». Y el Dr. Tyndall hace perfectamente en declarar esto, pues de-

cirse puede con verdad que, en esta parte de su Discurso, no ha hecho sino repetir—sin duda en su propio y florido lenguaje—la descripción y el análisis que hace Lange de la Filosofía atomística. La síntesis de los principios de esta doctrina, que presenta el Sr. Tyndall en el cuarto párrafo, es poco ménos que una reproducción de Lange, por más que exista cierta variedad en el orden de las seis proposiciones á que se reduce, en ámbos autores, el sumario de esa Doctrina, diferencia que consiste en la combinacion en uno solo de dos de los principios de Lange, y en la adición de otro muy conocido y tomado de cualquier otra parte por nuestro disertante.

Hé aquí, señores, sucintamente los principios enunciados por el Dr. Tyndall: 1º De la nada, nada procede; nada de lo que existe puede ser aniquilado. Todos los cambios reconocen por causa la combinacion y separacion de los átomos. 2º Nada acontece por casualidad; todo fenómeno tiene una causa de la cual es efecto necesario. 3º Lo único que existe son los átomos y el vacío; todo el resto es mera hipótesis. 4º Los átomos son en número infinito, y á lo infinito variados en la forma; se chocan mutuamente, y de los movimientos laterales y rápidamente giratorios que de este choque se engendran, toma origen el mundo. 5º La variedad de naturaleza de los cuerpos y agentes depende de la variedad de estos átomos en su número, tamaño y agregacion. 6º El alma consiste en átomos libres, suaves y redondos como los del fuego. Ellos son los más movibles de todos; penetran al través de todo el cuerpo, y de sus movimientos nacen los fenómenos todos de la vida.

En la seccion primera del Libro 1º de la obra de Lange (p. 7 y 8), los principios más esenciales de Demócrito están ordenados como sigue: 1º Los principios de todos los seres son los átomos y el vacío. Todo el resto es mera suposicion. 2º Hay infinidad de mundos en número y extension, que continuamente nacen y desaparecen. 3º De la nada, nada proviene; nada puede ser destruido. 4º Los átomos están en perpétuo movimiento, y los cambios todos deben de explicarse por las combinaciones y separaciones de los átomos. 5º La variedad de naturaleza de los cuerpos y agentes, depende de la variedad en número y tamaño de los átomos que los constituyen; en el fondo no hay áto-

mos de naturalezas distintas. 6º Todo acontece por necesidad. Las causas finales deben de rechazarse».

La comparacion de ambas relaciones demuestra suficientemente la libertad con que el Dr. Tyndall se ha servido de Lange, y cuán cierto es, segun su propia confesion, lo mucho que debe á la «letra» y al espíritu del Historiador aleman del Materialismo.

Mas para qué apuntar eso, puesto que con más desembarazo aún ha bebido en otra fuente, á que alude, es verdad, con frecuencia pero sin especificar su deuda en términos tan explícitos como en el caso de Lange. Esta fuente es la obra de Draper: *Historia del desenvolvimiento intelectual en Europa*. Cuando el Sr. Tyndall deja á Lange, toma á Draper. El primero sirve de base á su Discurso hasta el final de los párrafos sobre Lucrecio; el segundo es la fuente principal de los análisis históricos subsiguientes, hasta que deja el campo de la Historia y nos entretiene con el interesante y excelente diálogo entre el Obispo Butler y el discípulo de Lucrecio. Y no solamente cita hechos de esa obra y hace á ellas alusiones, sino que todo lo que dice relativamente á la influencia de la civilizacion árabe durante la Edad Media y «sobre nuestras obligaciones científicas respecto de los Musulmanes», está casi literalmente transcrito del Capítulo XVI de Draper. La pintura del precoz adelantamiento científico representado por Alhazen «hácia 1100 (D. de J. C.), el contraste entre el poco aseo y la estupidez de los Cristianos en la Edad Media y «la limpieza, ilustracion y refinamiento» de los Moros; la delicada alusion á la «camisa de las mujeres», que hasta hoy conserva su nombre árabe,—todo esto pertenece á Draper.—

Teniendo en cuenta la amplia libertad con que nuestro disertante ha usado de la obra de Draper, es sorprendente que su autor, «que vive todavía», no haya tenido participacion alguna en esos elogios tan poco medidos que acostumbran dispensarse mutuamente los miembros de la Escuela Moderna y que tan abiertamente abundan en este mismo Discurso. Observamos, además, que un admirador del Dr. Draper, persona que durante diez años ha estudiado muy detenidamente su obra y á quien mucho han agradado los favores que á ella debe el profesor Tyndall, expresa, no obstante, su disgusto «de que el reconocimiento de esos favores no hubiese sido más completo, más franco y más esplí-

cito».—«Los párrafos, dice, sobre los árabes y Bruno están casi servilmente calcados sobre el texto del profesor Draper» (1).

Y, en efecto, el Sr. Tyndall expresa su completa confianza en el autor americano, y demuestra tenerla por la confusa manera con que de él extracta sus datos y juicios. De otro modo no se explica cómo aceptó el juicio crítico, superficial é incompleto, de este autor sobre la Filosofía escolástica, ni cómo asumió la responsabilidad del delicado chiste de la *camisa de las mujeres* (2). Verdad es que los volúmenes de Draper, aunque no sin cierto mérito, carecen de tan sólido valor como para garantizar el uso que se hace de ellos. Un Presidente de la Asociación Británica debía ir más allá en busca de sus datos y de sus autoridades. No es posible que sirvan de base á investigaciones serias, las que no son ellas mismas «fruto de investigaciones vigorosas». Para quien como el Dr. Tyndall se entrega con ilimitada fé á la dirección de Draper y transcribe sencillamente sus conclusiones, esas investigaciones son particularmente engañosas, por la acumulacion de detalles, que sólo se refieren á una faz de las cuestiones sin aplicarse al conjunto, por la mala eleccion de esos y por el corto é incompleto genio generalizador que comprenden.

Nada más característico en los miembros de la Escuela Moderna que la confianza y admiracion que profesan á todo aquel que concuerda con sus doctrinas. Nombres hay que, por más desconocidos, por más oscuros que sean, por el mero hecho de estar asociados á algun ataque contra la Teología, ó á una especulacion avanzada del Materialismo, son elevados hasta las nubes en medio de las más prodigadas alabanzas. Miétras estos sean nombres de personajes antiguos, no discutirémos. Nos felicitamos, por el contrario, de ver aplicar á hombres como Demócrito y Epicuro, Alhazen y Bruno, quizás algo más de la exacta medida de justicia que les corresponde, pues á algunos de ellos se les ha dispensado hasta ahora ménos de esta medida. Puesto que los escritores de la Iglesia han obrado durante largo tiempo á

(1) Periódico *El Espectador*.

(2) Una ojeada al Diccionario del Latin Medio de Du Cange le hubiera enseñado que *camisa* ó *camisia* es de uso mucho más antiguo de lo que él ó el Dr. Draper parecen imaginarse.

su antojo, justo es que la Ciencia tenga su turno. Pero no nos parece que los hombres científicos progresarán en la senda de la verdad, vindicando reputaciones para los que pueden considerarse difamados en lo antiguo y repitiendo contra otros juicios exagerados, harto parecidos á aquellos mismos juicios contra los cuales reclaman y protestan cuando éstos atacan á sus antepasados intelectuales. No rehusamos ver sobre pedestales á Demócrito y Epicuro; pero ¿por qué razon no solamente destronan al pobre Aristóteles sino que lo degradan y relegan á puntapiés á la ignominia, cual si fuese un alumno de escuela que con falsas é infundadas pretensiones hubiese llegado al más alto puesto de su clase y se hubiese mantenido en él largos años?

«Whewell, dice el Sr. Tyndall, atribuye los errores de Aristóteles, no á la omision de los hechos, sino á la omision de una idea aplicable á los hechos; el no haber sorprendido en la Naturaleza la nocion de la causa mecánica, cual es la fuerza, y haber sustituido á esa nocion conceptos vagos é inaplicables, que se reducen á relaciones de espacio ó á arrebatos de admiracion».—«Esta crítica, añade el Dr. Tyndall, es justa, pero la palabra *omision* supone sólo una mala direccion del entendimiento, mientras que, en Aristóteles, no me parece que habia mala direccion, sino *mera incapacidad natural*, la cual explicaria todos sus errores. Como físico desplegó Aristóteles cualidades consideradas hoy como las más detestables que puede reunir un investigador: confusion en las ideas, desórden en los argumentos, tanta seguridad en el abuso de las palabras, que hace creer que es dueño absoluto de su tema cuando sólo posee los primeros elementos. Aristóteles, en fin, ponía palabras en lugar de cosas y tomaba el sujeto por el objeto».

Todavía se abusa más contra el Estagirita con semejante énfasis. Pero esas no parecen palabras correctas en boca de un Presidente de la Asociacion Británica contra el hombre que durante tan largo tiempo se ha mantenido á una altura preeminente. En realidad acaso hay campo bastante para derribar á Aristóteles de la posicion de que como autoridad intelectual ha gozado casi sin precedente, y se pueden criticar las desventajas, en muchos casos, de su libre método de investigacion. Pero un hombre vive por sus excelencias, y no por sus errores; y aquellas facultades superiores que por largos tiempos sirvieron

de pauta al espíritu humano en tantos ramos del saber, no sufrirán ciertamente por las calumnias del Dr. Tyndall.

Desde luego no es modo exacto de juzgar á Aristóteles, así como á cualquier hombre de la antigüedad, el compararlo con un físico-investigador moderno; débesele juzgar colocándole al lado de los investigadores y pensadores de su tiempo. Además se ha dicho con mucho acierto que el Profesor Tyndall se veria harto embarazado para aducir la más mínima prueba de que las observaciones físicas de los Atomistas fueron guiados por principios más válidos que los del Estagirita, y que los argumentos que, según Epicuro, probaban la existencia del vacío, son un ápice más satisfactorios que los argumentos generalmente presentados por Aristóteles.

Es curioso señalar, en cada uno de los repetidos oleajes de la Doctrina materialista, la resurrección de la Filosofía atomística y el rejuvenecimiento de sus grandes campeones Demócrito y Epicuro. Muy probablemente algunos de los asistentes á la conferencia del Dr. Tyndall oirian por primera vez hablar del Filósofo de Abdera; y aún más, el mayor número de ellos—no es falta de caridad decirlo—no tendrian la más ligera idea ni de su representación en la Historia, ni de su doctrina particular. El mismo Profesor Tyndall parece como envuelto en tinieblas con respecto á su posición, cuando habla de aquel relacionado con Empédocles y de este último abriendo «brecha en la doctrina del primero» y entrando por ella para completarla. Los cuatro «rudimentos» de Empédocles se supone generalmente que representan un primer grado de especulación hácia los «átomos» de Demócrito. Pero á un desliz como éste, no debe atribuirse sino escasa importancia.

Lo que no tiene, Señores, verdaderamente sentido en nuestros filósofos positivistas modernos, es el hacer tanto caso, en medio de sus avanzadas ideas, de nombres por demás antiguos. Aún suponiendo que fuese cierto que la hipótesis de la *selección natural*,—que, según el Sr. Tyndall, tanta significación ha alcanzado en nuestros días y que se basa no en vagas conjeturas, sino en conocimientos positivos,—hubiese sido parcialmente enunciada hace dos mil años; no influiría esto en lo más mínimo á favor de la veracidad de la teoría, ó de la realidad de los hechos y doctrinas con que se halla enlazada.

Si tuviésemos que descartarnos de Platon y Aristóteles, no sería aparentemente para refugiarnos bajo el manto de Demócrito ó Empédocles. Aún cuando resultase cierto que el primero ha sido maligna é injustamente tratado por la Historia y que erramos en considerarlo como «el filósofo que se rie», de todos modos poco ó nada sabemos de su propia filosofía. En efecto, hablando de la evidencia que sobrevive al sujeto, Mr. Lewes, cuya autoridad desde luego es análoga á la del Dr. Tyndall, dice: «El sistema de Demócrito es tan oscuro que los historiadores se han visto sumamente perplejos en fijar á su filosofía el puesto que verdaderamente le corresponde con relacion á los otros sistemas. Reinhold, Brandis, Barbark y Hermann lo miran como un Jónico; Buhle y Tennemann, como un Eleático; Hegel, como el sucesor de Heráclito; Ritter, como un sofista, y Zeller como el precursor de Anaxágoras» (1). Ferrier, aún con todas sus tendencias materialistas, se siente inclinado á reclamarlo como partidario en cierto grado de la filosofía del Sér Absoluto. Sea lo que fuere, es, por consiguiente, una figura nebulosa y que muy probablemente debe su misma vitalidad á lo vago é imperfecto de sus contornos; á la facilidad con que el espíritu moderno lee en este filósofo sus propias ideas.

Cuando en el siglo xvii la primera oleada de la especulacion materialista invadió la Inglaterra, colocaron como actualmente, á Demócrito y Epicuro en la vanguardia de los partidarios de esta Doctrina, y estos filósofos fueron considerados como sus legítimos representantes; ellos personificaban para Cudworth y otros, el «Ateísmo del Atomismo» en pró del cual lucharon estos últimos tan vigorosamente. Y lo que merece particular mencion es, que entónces como ahora, todos los Teistas inteligentes é ilustrados distinguieron perfectamente la *Teoría atómica* considerada en sí como una *hipótesis física* y el *Ateísmo materialista* que le ha sido asociado. La primera es una teoría de verdadero valor, que tiene por fundamentos su propia evidencia, y que, como dice Cudworth, es tan antigua como la misma especulacion; rectamente interpretada sólo se propone explicar la constitucion y origen del Universo sensible, y nada más; de tal modo considerada, nada tiene el Teísmo

(1) *Carta sobre el Discurso del Dr. Tyndall*, por el profesor Smith Robertson,

que achacarle. «Pero Leucipo y Demócrito y más tarde Protágoras y Epicuro, desecharon el lado espiritual de la Filosofía y conservaron su aspecto material; la despojaron de la parte más elevada y sólo dejaron, como dice Cudworth, «la parte baja y vil». En este sentido les siguió Hobbes en el siglo xvii y otros en el presente.

Así es que puede decirse con verdad, que el curso del pensamiento materialista muestra pocos indicios de originalidad. No obstante todo el alboroto que otra vez promueve en nuestros días, la Doctrina materialista se halla estancada en donde estaba hace dos mil años, en las personalidades de Demócrito, Epicuro y Lucrecio. Actualmente se jacta de nuevos y más profundos métodos de investigación, pero sus teorías no tienen en nada más valor, ni son en absoluto más satisfactorias de lo que eran en los siglos anteriores: el poderoso lenguaje de Lucrecio, hácia el cual, como por instinto, torna la pluma del Profesor Tyndall, es probablemente su mejor y más feliz exponente.

III.

Ahora bien, por más absurdo que sea todo este recurso histórico, máxime en una escuela que pretende rechazar la autoridad, es al menos más disculpable que el modo con que esta misma escuela se ocupa de las personas aún en vida.

Difícilmente pudiera imaginarse cosa más depresiva que la vulgar admiración que mutuamente y en grandes dosis se tributan los prosélitos de la Doctrina materialista; y el Discurso del Dr. Tyndall es una prueba palpable de esta verdadera ofensa para con los partidarios de la Escuela opuesta. Dispensa á sus amigos y admiradores los elogios más ridículos; miéntras que, por otro lado, para que resalten mejor los méritos de éstos, pinta crudamente «á esos vociferantes acusadores», que se atreven á declamar contra los derechos divinos de la Ciencia, «individuos temerarios é ignorantes, dispuestos siempre á desacreditar cualquiera nueva revelación de la Ciencia, por temor de que peligre lo que ellos se complacen en considerar como propiedad suya». «Estos nuestros contradictores, añade el Sr. Tyndall, como el cardo nocivo

que produce cardos y nada más, desparraman sus gérmenes por todos lados, y reproducen una nueva generación pronta á representar de nuevo el papel de sus antepasados intelectuales, á mostrar la misma virulencia y la misma ignorancia; dispuesta á lograr por algun tiempo el mismo éxito y sufrir, en último término, la misma inexorable derrota».

En frente de esta raza perniciosa, se levanta el ilustrado é inteligente grupo de los evolucionistas que, hoy por hoy, componen la vanguardia del pensamiento en el mundo, y tienen á su cabeza á Cárlos Darwin y á Herbert Spencer.

«El primero, dice el Dr. Tyndall, es un hombre de saber profundo y sintético, que no rehuye dificultad de ninguna especie; que de tal modo y con su propio criterio personal ha saturado su asunto, que conoce mejor que sus críticos y adversarios las debilidades y la fuerza de su teoría. Pero esta posesion de su tésis, continúa el señor Tyndall, poco preocuparia á Darwin, si sólo aspirase á efímeras victorias de dialéctica, en lugar de proponerse el sólido planteamiento de la verdad para su eterno imperio. Con este fin no disimula ninguno de los puntos débiles que descubre en su doctrina; ántes al contrario, trata con sumo cuidado de hacerlos aparecer á la luz del dia. Su inmensa fecundidad le permite hacer frente á las objeciones suscitadas por él mismo ó por otros, discutiéndolas y argumentándolas, de tal modo que, en último término, deja en el ánimo del lector el convencimiento de que si esas objeciones no han quedado del todo refutadas, tampoco son ciertamente mortales. Su agudeza de ingenio y vastos conocimientos hacen de Darwin el más terrible de los antagonistas; discute las objeciones con una sobriedad de expresion y una calma que envidiaria el mismo obispo Butler; y todo esto sin el menor síntoma de mal humor.—Y, sin embargo, aunque al tratar este poderoso tema, toda pasion ha callado, hay cierta emocion, en el acontecimiento intelectual del hallazgo de alguna nueva verdad, que á veces colora y vivifica las páginas de Darwin».

Seguramente tendria Darwin bastante buen sentido para no recibir con agrado tal explosion de elogios. Como naturalista consumado, dotado de rara facultad de observacion y con un interesante y á veces

gracioso poder para describir los resultados de sus pacientes y prolongadas investigaciones, Darwin era altamente acreedor á los debidos honores; y concedémosle el mérito que pueda tener la dilucidacion del principio de la seleccion natural, al cual ha consagrado su vida. Por nuestra parte, creemos que la importancia de ese principio ha sido ampliamente exagerado; pero además de esto, como filósofo, es Darwin de lo más pequeño que dar se puede; su génio es, por decirlo así, puramente un génio de observacion y, á nuestro modo de entender, con casi ninguna profundidad en la intuicion sintética. Muchas veces no comprende él mismo el verdadero significado de los hechos que describe y, todavía con más frecuencia, no vé las altas consecuencias á que claramente conducen esos hechos. Es flojo en lógica y sobre todo flojo, cada vez que pretende elevarse hasta la region de las discusiones abstractas; y todo esto reconoce simplemente por causa esa misma absorcion de espíritu en su asunto, que el Sr. Tyndall considera como uno de sus principales méritos.—Si de todo esto no hubiese pruebas, así como de la confusion en las ideas que tanto abunda en la masa de los más ingeniosos escritos de Darwin, lo probaría suficientemente el mismo hecho citado por su ardiente panegirista, «de necesitar Darwin un expositor de sus trabajos y doctrinas»; este expositor lo encontró en Mr. Huxley; y el Dr. Tyndall, consecuente consigo mismo, «no conoce nada más admirable en cuanto á exposicion científica que los recientes artículos de Huxley sobre el origen de las especies».

Igualmente aparece Herbert Spencer con su parte de gloria, pues nuestro disertante lo considera como «el apóstol del entendimiento». (1)

Pero basta ya de esto. Nos hemos tomado la pena de señalar esos puntos del Discurso del Sr. Tyndall, porque ofrecen, Señores, una prueba palpable de cierto vicio creciente en la Literatura contemporánea. Es ya un mal considerable, que el mundo intelectual se encuentre como actualmente lo está, dividido en tantas escuelas. De esta manera se estrecha el campo del espíritu y se *sectarianiza* la cultura. Hoy en dia nuestras pandillas de literatos y científicos se acometen mutuamente, tal como las sectas en el terreno religioso; á veces se atacan cada una con su propia jerga especial y como si tuviesen que

(1) «Cuyos gangliones son á veces el asiento y origen de conmociones poéticas!»

llenar una mision al lado de la cual todo lo demás carece absolutamente de importancia.

Esto es ya bastante intolerable; pero lo son todavía más, esas *banderías* que se constituyen en sociedades para su mútua admiracion. ¡Lástima que la tribuna de la Asociacion Británica no se halle exenta de esta vulgar especie de adulacion! Si Darwin, Herbert Spencer ú otro, son realmente tan grandes filósofos como lo proclaman sus amigos y admiradores, ¿por qué no confiar sin temor alguno su fama á la posteridad? ¿Necesitan ellos, acaso, que se haga blason de sus méritos y como muestra se cuelgue á la espectacion pública para el vulgar aplauso «de las masas?» Los evolucionistas deberian dejar esa manera exagerada de expresarse para aquellos á quienes acostumbran despreciar, acordándose de que el hábito de lenguaje hinchado es raras veces signo de una poderosa causa; nunca indicio de ingenio ni de sencillez intelectual de primer órden.

IV.

Dijimos al comenzar, Señores, que uno de los principales objetivos del Discurso, era acentuar enfáticamente el pretendido antagonismo entre la ciencia y la religion; y debemos volver á este punto, el más importante de todos.

A la verdad existe cierto determinado aspecto bajo el cual el Doctor Tyndall y toda su escuela son deferentes hácia la religion, y hasta están calurosamente dispuestos á concederle sus derechos; estos derechos señala el Dr. Tyndall al terminar su Discurso, exponiendo claramente sus ideas sobre el particular.

El sentimiento religioso es sin duda un verdadero elemento de la naturaleza humana, y para un entendido observador no es posible prescindir de él, ni más ni ménos que de «la más poderosa de las pasiones, la pasion amatoria». (1) «Existen ciertas cosas, dice el Dr Tyndall, impregnadas en el sér hombre, como los sentimientos de profundo respeto, de veneracion, de admiracion, y no sólo el amor sexual,

(1) Spencer, desde luego, ha señalado esta última como «*antecedente*» absoluto en su primera aparicion, «á toda clase de ulterior experiencia».

sino tambien el amor á lo bello físico y moral en la naturaleza, en la poesía y en el arte; y existe igualmente ese sentimiento profundo que, desde los albores de la Historia y probablemente desde las edades anteriores á toda Historia, se encarnó en las religiones. *Vosotros*, que os habeis sustraído á toda religion, elevándoos hasta la árida pero luminosa esfera del entendimiento, pudiérais escarnecer esas religiones; pero al hacerlo, sólo os burlaríais de accidentes de la mera forma y os engañaríais atacando la base, que es inquebrantable, del sentimiento religioso del hombre. Dar á ese sentimiento una *satisfaccion racional*, es el problema de los problemas de nuestra época! Por más grotescas que hayan sido y sean ciertas religiones con relacion á la cultura científica; por más peligrosas y áun exterminadoras con respecto á los más caros principios de la humana libertad (tal como indudablemente alguna de ellas lo ha sido y todavía lo sería si pudiese), es racional *reconocerlas como la forma de una Fuerza, perjudicial si se le permite inmiscuirse en la esfera del conocimiento, en la cual no puede tener ninguna clase de imperio, pero capaz de ser guiada hácia nobles fines en esa region del sentimiento que es su propia y elevada esfera*.—Además, casi en las últimas frases de la Conferencia, el Dr. Tyndall agrega: «El mundo contiene no sólo un Newton sino un Shakespeare, no sólo un Boyle sino un Rafael, no sólo un Kant sino un Beethoven, no sólo un Darwin sino un Carlyle. En todos ellos, y no en cada uno individualmente, está contenida y vaciada la naturaleza humana; ellos no se contradicen, sino que se adicionan y complementan; no se excluyen los unos á los otros, sino por el contrario son perfectamente reconciliables. Mas si aún no satisfechos con todos estos modelos, el espíritu humano, movido del ánsia del peregrino por su lejano hogar, retrocede al misterio, de donde ha logrado surgir, buscando el modo de dar á ese misterio una forma que contenga la unidad del pensamiento y de la fé; mientras esto último se efectúe no sólo sin ninguna especie de intolerancia y fanatismo, sino con el ilustrado convencimiento de que en este punto la definitiva estabilidad de los conceptos no puede alcanzarse y que debe libremente permitirse á cada edad sucesiva dar al misterio la forma que más se armonice con sus peculiares y propias necesidades; mientras eso se realice, afirmaria, en contra de todas las restricciones

del Materialismo, que tal empresa sería campo para el noble ejercicio de las facultades, que en oposicion á aquellas denominadas *cognoscitivas*, podriamos llamar facultades *creadoras* del hombre».

«Aquí, no obstante,—y con esta frase concluye la original Conferencia,—debo abandonar un asunto demasiado grave para poderlo manejar yo mismo; pero que tratarán otros espíritus más esclarecidos, largo tiempo despues que vosotros y yo nos habremos desvanecido como las sútiles nieblas de la mañana, en el azul infinito del pasado» (1).

Las anteriores proposiciones del Sr. Tyndall deben tomarse en lo que valen. Sin embargo, tienen para gran número de espíritus una alta significacion; porque parecen abrir una nueva puerta á la religion, puesto que para ellos la antigua está ya cerrada. Estas proposiciones merecen tanto más amplio exámen, cuanto que encierran cierta dosis de verdad, que reconocerá todo aquel que ha estudiado con detenimiento la historia del sentimiento religioso.

Las diferentes creencias del género humano con respecto á lo esencial en religion, necesariamente han sufrido modificaciones y cambios «en el trascurso de las diversas edades». Nadie que haya estudiado y pesado este asunto reclamará una absoluta estabilidad de concepto en el terreno de los conocimientos religiosos. Pero esto es algo muy distinto á lo que pretende el Dr. Tyndall. Evidentemente él no sólo rechaza la concordancia y apropiacion de nuestras ideas religiosas con respecto á la cultura y civilizacion científica de nuestros dias, sino que niega, además, que estas ideas correspondan en absoluto á objetivos reales y verdaderos. La religion, tal como él condescendentemente le daría cabida, sería una religion de mera subjetividad; á quien no se «le permitiría» penetrar en la region del *saber*, sino que se le confinaría á su propia esfera del *sentimiento*. En resúmen, no hay necesidad de que esa religion sea, *bajo ningun concepto, una verdad, ni tenga objeto real alguno*; sería simplemente una mera flor de la emocion y del sentimiento, bro-

(1) Este trozo de patética oratoria ha sido modificado en el Discurso publicado por los Sres. Longman, y sustituido por dos citas: la una muy conocida tomada del *Tintern Abbey* de Wordsworth, y consistente la otra en esta observacion de Goethe: «Llenad de ello vuestro corazon, y despues admitid lo que mejor os plazca».

tada en el suelo vegetal de la *Humanidad* y con sus más profundas raíces en el terreno vago de la admiración ó del sentimiento que yace en la humana naturaleza, sin fin ni destino de ninguna clase: una religion, en fin, que pudiera perfectamente coexistir y armonizarse con la doctrina evolucionista. Suponiendo al hombre, á la par que todas las demás criaturas, un mero efluvio de la Naturaleza, admitiendo que proviene de su seno como de una madre universal, esa religion provendría, como otros tantos productos, de este fecundo manantial. La religion, en fin, como todos los séres, sería una fase de la evolucion universal y tendría, por tanto, que reducirse á su esfera.

Apénas si necesitamos hacer observar, que es éste un concepto de la religion muy diferente de la idea encarnada en el Cristianismo, y admitida por todas las Iglesias cristianas. Pero es necesario comprender con toda claridad la categórica separacion que existe entre ámbos sistemas.

CÁRLOS DE PEDROSO.

(*Finalizará*).



CORRESPONDENCIA LITERARIA.

LA MUERTE DE VICTOR HUGO.

París, Junio 20 de 1885.

Víctor Hugo murió el viénes veinte y dos de Mayo, á la una y media de la tarde. La súbita, inesperada noticia de su enfermedad apareció por primera vez cuatro dias ántes, el lunes de la misma semana, en unas líneas del *Rappel*, diario en todo lo que á él se referia siempre bien informado, como dirigido por sus más íntimos amigos y admiradores. Decíase en ellas que un mal del corazon de que sufría se habia repentinamente agravado, propagándose á los órganos de la respiracion. Este anuncio nos consternó á todos, desde luego, pensando en la avanzada edad del gran poeta, de ochenta y tres años ya cumplidos. En aquel mismo momento comenzaba en efecto su agonía, que fué bien larga, pues duró cerca de cinco dias; y resultó ménos terrible de lo que era de temerse en hombre de constitucion tan vigorosa, gracias á contínuas inyecciones subcutáneas de morfina, el gran recurso de la terapéutica moderna para aliviar los dolores y angustias del trance final.

Los funerales fueron magníficos, de una pompa extraordinaria. Todos como á porfía se empeñaron en excogitar honores que acumular sobre su memoria, hasta convertirlos en verdadera apoteosis y marcar

bien, ante la Francia y el mundo, que habia fallecido el primero, el más ilustre de los franceses.

El cadáver fué tendido en un alto y suntuoso catafalco, bajo la bóveda central del arco gigantesco de la plaza de la Estrella. No era impropio colocar bajo ese monumento, erigido á los ejércitos y á la gloria militar, el poeta que habia cantado con exaltacion los triunfos militares de la nacion. De allí fué conducido el dia primero de Junio, en medio de una procesion de doscientas mil personas, á otro monumento igualmente elevado, situado en un extremo opuesto de la capital, y convertido para recibir sus despojos en asilo final de los grandes hombres, devolviéndosele su primitivo nombre de Panteon.

Todo fué vistoso, espléndido, magnífico: los cuerpos oficiales del Estado de grande uniforme, los embajadores de las demás naciones revestidos de sus cruces y sus insignias, las tropas de gala, grupos numerosos escoltando en órden simétrico infinito número de coronas enormes de flores de brillantísimos colores. Y para que el espectáculo fuese completo y característico, Víctor Hugo mismo, que sin duda alguna preveía estas grandiosas exequias, dispuso en su testamento que su cadáver fuera conducido en el carro de los pobres. De esa manera marchaba modestamente, en medio de tanto lujo, al compás de la hermosa marcha fúnebre de la sonata de Chopin, seguido de multitud de suntuosos carruajes cubiertos de terciopelo negro y de paramentos de plata, un mezquino carro tirado por dos caballos apénas enjaezados, en el cual iba el héroe, el personaje principal de aquella soberbia ceremonia fúnebre. El contraste, aunque buscado y previsto, era dramático y causaba impresion profunda. Antítesis suprema, que dignamente coronaba la vida del escritor ilustre, que con más frecuencia y más sorprendentes resultados habia usado, y hasta abusado, de la antítesis como recurso literario.

Ha querido la casualidad que me encuentre yo ahora viviendo en la circunferencia de la plaza misma, en cuyo centro se depositó el cadáver de Víctor Hugo, y he podido, sin apartarme de las ventanas de mi biblioteca, ser testigo de la parte principal de sus exequias, contemplar durante veinte y cuatro horas al pueblo de París desfilando delante del catafalco, y ver formarse y marchar el cortejo, que lo con-

dujo á su mansion definitiva. Esta coincidencia, en cualquier otro caso insignificante, era para mí doblemente curiosa é importante. Yo he sido toda mi vida ferviente admirador del gran poeta; desde los albores de mi juventud he aprendido de memoria páginas enteras de sus versos, y (si es lícito mezclar lo grande con lo muy pequeño) recuerdo que trataba de Víctor Hugo y de sus obras el primer artículo en que ví mi firma impresa al pié, hace treinta años, siendo estudiante, en una revista dirigida por estudiantes que se publicaba en la Habana bajo el título de *Brisas de Cuba*. De entónces acá he seguido constantemente su carrera con respetuoso y ardiente interés, y estudiado todas sus obras con minuciosa atencion. Hace poco tiempo publiqué un volúmen, en el cual una revista crítica de Nueva York (1) descubria un «entusiasmo sin límites por Víctor Hugo, que circula por todo el libro».

Estas circunstancias personales, añadidas á la vasta trascendencia del suceso en sí, revestian ante mis ojos de extraordinario y fantástico carácter el entierro del insigne vate, y más de una vez, en los dias que van transcurridos, mirando hácia la plaza de la Estrella, he repetido involuntariamente estas dos líneas de una cancion popular:

En el carro de los muertos
Ayer pasó por aquí!

*
* * *

Si Víctor Hugo hubiese fallecido á los cincuenta años de edad, á principios de 1852, hubiera siempre dejado la reputacion de un poeta eminente, digno de ser colocado al lado de Corneille y de Racine por su teatro, rival de Lamartine y de Alfredo de Musset por sus poesías líricas, sucesor afortunado de Chateaubriand por sus novelas en prosa, y ocuparia sin duda puesto muy distinguido en la literatura francesa. Pero despues de 1852, el establecimiento del Imperio, su oposicion irreconciliable al despotismo triunfante, el destierro á que él mismo inflexiblemente se condenó, la herida profunda que recibió su orgullo pisoteado por los mirmidones audaces que circundaban al usurpador,

(1) *The Nation*. Número del 10 de Julio de 1884.

la conciencia de su derecho y de la rectitud de su conducta, la cólera incontrastable que lo embargó, rejuvenecieron su inspiracion y crearon un poeta nuevo, cuyas obras, desde los *Châtiments* hasta los *Cuatro vientos del espíritu*, son incomensurablemente superiores á cuanto habia escrito hasta aquel momento. De esa época en adelante, el hombre y el poeta se confundieron estrechamente, y crecieron ámbos, ascendiendo á una altura, á que nadie en Francia habia llegado jamás. Como á Juvenal, como á Dante, la indignacion centuplicó la fuerza creadora y la vigorosa elocuencia de la expresion; y los *Châtiments*, y el *Año Terrible*, y multitud de composiciones de idéntico carácter, que se hallan en los diversos volúmenes publicados durante ese tiempo, surgieron de su genio con impulso inusitado, con un acento profundo de sinceridad, que quizás faltaba demasiado en sus anteriores escritos, y acude ahora como la gran cualidad, el signo inequívoco de la verdadera, de la suprema poesía.

Los diez y ocho años, que en Francia se sostuvo el imperio de Napoleón tercero, hicieron de Víctor Hugo un héroe incomparable de energía, una de las grandes figuras de la historia del siglo XIX. En frente de ese emperador aclamado por el país, respetado por el mundo, rodeado de una corte fastuosa que lo adulaba y ensalzaba, elevado por la fortuna, por una série de imprevistos accidentes, á la cumbre más alta del poder y del prestigio, desde donde resplandecía como legítimo sucesor de un nuevo Carlomagno, como Octavio Augusto heredero de Julio César por segunda vez,—se levantaba sobre una roca del mar de la Mancha, libre é indómito, el poeta ilustre, cuyos acentos proféticos, sonoros y vibrantes en un torbellino de imágenes colosales, debian seguramente llegar á los oídos de la más remota posteridad, por encima del rumor de los hombres y las armas y la aparente prosperidad de ese malhadado imperio.

Pudiera apartarse á un lado, si se quiere, todo lo que escribió Víctor Hugo hasta los cincuenta años de su edad; aún despues pudieran tambien eliminarse todas sus obras en prosa incluso los *Miserables* y los admirables *Trabajadores de la mar*, todos sus versos inclusa la magnífica *Leyenda de los siglos*, y formando una masa compacta de las poesías escritas en el destierro, bajo la espuela del hambre y sed

de justicia y de castigo que de él se apoderaron, veríase que basta ella sola para mantener el nombre de su autor eternamente entre los grandes poetas del universo. Su inagotable vena lírica, llena siempre de melodía, de ritmos nuevos, de combinaciones inesperadas, evitó la monotonía del sentimiento, que de otro modo hubiese sido un defecto capital, y la vivaz inspiración persistió de tal manera que todavía, hace tres ó cuatro años solamente, en la última colección de obras inéditas dispuesta por él mismo, é intitulada *Los Cuatro vientos del espíritu* hemos hallado y leído con deleite composiciones idénticas en el fondo, y áun superiores, á las mejores de los *Châtiments* y el *Año Terrible*. Recuérdese la que aparece desde la primera página, la primera (sin título) del *Libro Lírico*. No son más que seis estrofas, de seis versos octosílabos cada una, desarrollando breve alegoría, con tal fuerza en la expresión y tal sobriedad, que la impresión es indeleble. Se compara el poeta á una escala fantástica, «hecha de sombras y de mármol», que parte del abismo de los sepulcros y asciende hasta una puerta cerrada, bajo cuyo resquicio pasa un resplandor. Detrás de esa puerta se celebra un banquete, hay gritos, aplausos, incienso, mujeres desnudas, una fiesta en torno de un trono ensangrentado. Pero la pena medita, la hora llegará,

*Quelqu' un qu' entourent les ombres
Montera mes marches sombres
Et quelqu' un les descendra.*

La hora en efecto llegó. El monarca y su corte suspendieron el banquete y bajaron desde la cumbre del poder, por la escala que los conducía, ó á la oscuridad del destierro, ó á la amargura del remordimiento. El poeta volvió á su patria. Había cumplido religiosamente su juramento, sin un minuto de vacilación ó debilidad durante diez y ocho años. La profetizada catástrofe se realizó, y el profeta debía volver con el alma más destrozada que la de ninguno, deplorando él mismo sin consuelo la formidable realización de su profecía.

Entró en Francia cuando más encarnizadamente se trababa la guerra tremenda contra la Alemania. En medio de las preocupaciones terribles que lo embargaban, el país, que lo recibió con grandes demostraciones de simpatía, de entusiasta veneración, no pudo empero

tributarle los honores excepcionales, que merecía por su constancia, su heroísmo, sobre todo por el empleo que de su genio poético había hecho durante la dilatada ausencia; y él mismo, en las estrofas memorables, en las líneas marmóreas, que le inspiró su vuelta á Francia dijo que únicamente pedía, en pago de sus esfuerzos, un sepulcro en el suelo de la patria:

*Pour prix de mon exil, tu m'accorderas, France,
Un tombeau!*

Ese fúnebre tributo ha sido pagado ahora, y á pesar de la pompa de los funerales, del inmenso concurso, de la exaltacion de los homenajes, no excede en realidad de verdad á los merecimientos del ilustre poeta, del fogoso tribuno, y del ardiente patriota.

La vida de Víctor Hugo en estos últimos quince años de residencia en París ha equivalido á una constante aclamacion, á un triunfo incesante. Donde quiera que iba, por donde quiera que pasaba, todos levantaban el sombrero y saludaban. Ninguna de las categorías de la sociedad, los pobres lo mismo que los ricos, los extranjeros lo mismo que los compatriotas, mostraban igual empeño en acatar su superioridad, en reconocer su majestad. A despecho de los crueles sufrimientos que desgracias de familia le han acarreado, de las amarguras que la política alguna que otra vez ha traído hasta sus labios, puede decirse que en este período ha recogido el premio de sesenta años de trabajo infatigable y de las más nobles y desinteresadas aspiraciones.

Después de la proscripción no puso los piés en la patria como un peregrino necesitado, que extiende la mano implorando una limosna. Habiendo, ántes al contrario, sabido crearse con las vigiliass de su estudio una fortuna independiente, no tenía favores materiales y siempre humillantes, que recibir. Por más aplausos que le otorgasen, por más gloria que le concediesen, daba en sus obras más de lo que recibía, y á la postre sin disputa era el acreedor, de ningun modo el obligado. Así ha vivido como un magnate, como un príncipe de la inteligencia, abriendo las puertas de su casa con patriarcal afabilidad, recibiendo con soberana cortesía á cuantos deseaban conocerlo, ofreciendo á todos, sin distincion de raza ni de fortuna, la más generosa

hospitalidad. Y era esencialmente un placer moral, de una emoción subyugante y deliciosa, estrechar la mano de ese robusto anciano, á quien parecia interesar la conversacion insignificante de los que iban á conocerlo, á poder decir que habian visto á Víctor Hugo, mientras él los escuchaba con la expresion de serenidad y de bondad que caracterizaba su rostro, cuyo aspecto, severo al par que dulce, recordaba aquel hermoso verso de la *Divina Comedia*:

A guisa di leon quando si posa.

*
* *

Tal aparecia á los ojos del público la figura de Víctor Hugo en la última parte de su larga carrera, personificación popular de la poesía, de la fé, del patriotismo, del amor de la humanidad, de los más nobles y generosos sentimientos, y á ese hombre es al que decretó el país honores nacionales y al que siguieron muchos millares de individuos hasta depositar su cadáver en el Panteon. Me he extendido más de lo que pensaba contemplándolo desde ese punto de vista, y apenas me queda espacio ya en esta carta para la otra faz de la figura, la faz literaria y exclusivamente artística, que era sin embargo de la que intentaba ocuparme principalmente, al empezar esta correspondencia. Segun parece, ha dejado gran número de manuscritos inéditos, que formarán varios volúmenes, y pronto tendremos, por tanto, nuevas ocasiones de analizar su talento. Por ahora me contentaré con las siguientes breves reflexiones, sin órden ni concierto.

Entre los poetas y prosistas de profesion, entre los que aman las letras haciendo de su cultivo el objeto de su vida, sin otro propósito que buscar en todos los asuntos la expresion más adecuada de lo bello y lo grandioso, ha despertado siempre Víctor Hugo una admiracion extraordinaria. La pasmosa riqueza de su vocabulario, la brillante correccion de su lenguaje, la habilidad inaudita de su versificación, la variedad de sus ritmos, la fuerza y el colorido de sus imágenes, llegan á tan alto grado, á tan indisputable supremacia que se le considera universalmente por los poetas como los músicos consideran á Beetho-

ven y los pintores á Miguel Angel, como un portento, como un fenómeno, y como un modelo peligroso de imitar.

Un distinguido escritor francés de nuestros dias, M. Paul Bourget, que publicó con motivo de su muerte un corto y excelente estudio en el *Diario de los Debates*, ha dicho que Víctor Hugo creó una lengua nueva para la versificación, la cual se ha impuesto de tal manera que cualquier «crítico experto puede hoy muy bien, en presencia de un poema, determinar si se compuso ántes ó despues del autor de las *Orientales*». La influencia de Víctor Hugo ha sido positivamente en Francia una revolucion profunda que él sólo inició y condujo hasta el triunfo; y á juicio de contemporáneos éste será siempre en literatura el mérito envidiable, la gloria suprema. Es verdad que más de una vez la posteridad ha anulado fallos de esa especie, y destruido reputaciones de autores en vida muy celebrados. Testigo, por ejemplo, Góngora, cuya influencia fué tan grande en la poesía española del siglo xvii. Pero las reformas introducidas por Víctor Hugo han resistido ya por más de media centuria la accion del tiempo, y hoy las coronas literarias no se disciernen por un círculo limitado de admiradores, sino se obtienen por medio de libros que se imprimen por cientos de miles de ejemplares y pasan por manos de millones de lectores. La opinion de los extranjeros, además, es una piedra de toque muy segura. Ajenos á mil circunstancias de localidad, nos elevamos naturalmente, en nuestra desinteresada admiracion, por encima de consideraciones pasajeras, y es únicamente susceptible de embargarnos lo que en los versos haya de permanente, de patético y humano. Toda obra poética francesa, aún de Lamartine, aún de Alfredo de Musset, nos parece comparada con Víctor Hugo, pálida y descolorida. La diferencia que advertimos en el esplendor de las imágenes y en la sonoridad del lenguaje es tan marcada, como si fuera en otro idioma y en otro género literario.

«Arquitecto mágico del verso» se le llama felizmente en un *á propósito* dramático, representado el otro dia en loor de su memoria por los actores del Teatro Francés. El calificativo es exacto y apropiado. Los alejandrinos de Hugo, cincelados como la piedra, fundidos como el metal, se acumulan robustamente y guardan todos sus rasgos indi-



viduales en el conjunto arquitectónico de que forman parte. Después de admirar en multitud de sus composiciones, verso por verso, la novedad del consonante, la precisión del ritmo, que producen en el lector una embriaguez de música y de colores, se advierte con asombro al terminarla que no hay á veces ni una frase ni un adjetivo escogido al acaso, que todo está fuertemente preparado y ajustado, rigurosa y matemáticamente subordinado á un plan general.

Ha sobresalido en todos los géneros de poesía. Desde la canción hasta la epopeya no hay uno solo quizás que no haya cultivado, y en que no haya edificado algún monumento, que en nada se asemeje á lo que en Francia se ha hecho ántes ó después. Ha empleado todos los tonos, todos los movimientos, todas las combinaciones rítmicas, todas las formas de la estrofa. Aquí ha acercado á sus labios el caramillo pastoril y murmurado idilios llenos de ternura, intachable por su encantadora sencillez. Allí se ha sentado delante del órgano colosal, y las cien voces del instrumento atronador se han prestado con igual docilidad á las más terríficas y potentes armonías, ó á los melódicos suspiros de la más penetrante melancolía.

Tarea tan ociosa como estéril sería compararlo con grandes poetas de otras épocas ú otras literaturas, y ponerlo al lado de Shakespeare es una herejía, que por mi parte no siento la tentación de cometer. Víctor Hugo es Víctor Hugo, no necesita encomios exagerados, ni para ocultar las limitaciones de su genio, ni para abultar sus grandes cualidades. Ha creado formas inmortales en materia que la carcoma del tiempo no consume, y su gloria no puede perecer.

ENRIQUE PIÑEYRO.



CRISTOBAL COLON Y LOS CARIBES.

XI.

CANIBALISMO.

No ha faltado quien juzgase de muy inexacta la *Declaratoria* de 1520, publicada por el Licenciado Figueroa, por cuanto comprendia bajo la denominacion de *Caribes*, pueblos diferentes; pero como no se hizo la pesquisa que la originó para hacer estudios, ni clasificaciones, sino con el único objeto de averiguar cuáles indigenas eran antropófagos y cuáles no, importaba poco la confusion que resultaba, en otro sentido, de incluir en una misma palabra, bajo un mismo nombre, tribus que tenían usos, costumbres y lenguas distintas. La expresion *Guatiao*s aplicada á los indios amigos de los cristianos, ó de mansa condicion, demuestra claramente que se empleó en la *Declaratoria* la voz *caribes* para significar los indigenas que eran antropófagos ó *caníbales*.

Mas lo interesante al caso es que por virtud de las indagaciones del Licenciado Figueroa, fueron declarados solemnemente por tales comedores de carne humana, entre otros pueblos, aquellos feroces piratas de las Antillas menores en quienes observaron Colon y Chanca tan terrible costumbre, desde el año de 1493.

Ciertamente, esa y otras muchas providencias que los reyes de Es-

pañá tomaron desde el principio de los descubrimientos, fueron motivados por la codicia y las crueldades de los europeos, y con el noble objeto de evitarlas y aún de reprimirlas; pues casi siempre fingieron aquellos malvados, sin escrúpulo ninguno, caníbales ó caribes á pueblos que estaban muy léjos de serlo, y cuyo único crimen fué la defensa de su suelo asaltado y comunmente desvastado por el espíritu de rapiña que impulsó á la inmensa mayoría de aquellos aventureros desalmados; como aconteció en el caso de los índios de Trinidad, los que no habiéndose comprendido en el auto de 1520, fueron, sin embargo, declarados *caribes* y *bestiales* por el Emperador, á consecuencia de los descalabros que en 1532 hicieron sufrir al Contador de Puerto-Rico, Antonio Señedo. Otros, reconocidos desde temprano como mansos y pacíficos—los lucayos, por ejemplo,—aún cuando fueron expresamente excluidos en 1520 de la notificación de caníbales, más tarde cayeron al peso de implacable codicia y fueron víctimas indefensas de la tremenda piratería de los cristianos que despobló casi por completo su ántes tranquilo y venturoso archipiélago.

Pero también es positivo que, por su atrevimiento y ferocidad, motivaron los Caribes de Barlovento algunas disposiciones reales, y aún fueron causa de que se revocasen otras, como la Real Orden de 1532, dictada con la mira de que no se hiciesen más esclavos entre los índios; porque dos años después de su promulgación, hicieron aquellos salvajes, cerca de la isla de Margarita, gran matanza en la gente que acompañaba á tierra firme á dos misioneros franciscanos.

No es posible negar, por consiguiente, la realidad de los índios llamados Caribes. Multitud de reales provisiones confirman su existencia, y la historia ha consignado los hechos ocurridos en sus relaciones con los conquistadores españoles, y posteriormente, con los filibusteros ó bucaneros, y con los pobladores franceses é ingleses de aquel archipiélago.

Sabido es que en 1499, tres veces pelearon contra Ojeda, y alguna con verdadero furor. (Herrera.—Dec. I., Tomo I, pág. 101). Varias ocasiones affligieron á los colonos españoles de Puerto-Rico, para robarles, matarlos y conducirlos á sus tierras; siendo digno de tenerse en cuenta que los indígenas de esa isla, á fuerza de resistir sus terribles

invasiones, llegaron á adquirir superiores cualidades guerreras, de las que dieron muestras inequívocas, en los primeros años del siglo XVI, bajo la conducta del valiente y entendido cacique Agueybaná.

Aquellas atrevidas incursiones de los Caribes en la isla de Borinquen, que dieron márgen á que Don Fernando el Católico expidiese licencia á los colonos para combatirlos y esclavizarlos, se repitieron á menudo. En 1514, dieron un asalto y fueron perseguidos casi infructuosamente por Cristóbal de Mendoza. En 1528 embistieron en el mar—en Santa Cruz—por el mes de Abril, la nave de Pedro de Cifuentes, quien huyó temiendo sus flechas envenenadas; pero no sin que lo persiguieran buen trecho.

Ese mismo año, en el mes de Octubre, acometieron otra vez y en gran número la isla de Puerto-Rico, haciendo verdadero estrago, y dando muerte á muchos hombres y animales; siendo una de las víctimas aquel Cristóbal de Guzman que cantó el poeta Juan de Castellanos.

En aquel mismo año de 1499 en que combatieron contra Alonso de Ojeda, y quince dias despues de haber tocado éste en la costa de Pária, llegaron allí en una nave que habia salido del inmortal puerto de Palos, Pedro Alonso Niño, piloto que habia sido de Cristóbal Colon, y Cristóbal Guerra; y tuvieron encuentro con los caribes. Veamos lo que sobre él escribe Washington Irving: «Poco tiempo despues, saliendo del Golfo por la Boca del Dragon, hallaron diez y ocho *canoas* de caribes, piratas y ladrones de aquellos mares, *terror de los países circunvecinos*. Esta escuadra salvaje, en lugar de sobrecogerse á la vista de un buque europeo, cuyas hinchadas velas le daban la apariencia de un alado mónstruo marino, lo consideraron sólo como un objeto de pillaje y lo asaltaron con una lluvia de flechas. El estruendo repentino del cañon y la horrible carnicería que causó entre los salvajes, los llenó de terror y los obligó á huir en todas direcciones.—Sin embargo, los españoles lograron apresar una canoa, con el guerrero que la conducía. En el fondo habia un infeliz prisionero, atado de piés y manos: pusiéronle en libertad, y él se explicó por medio de señas, dando á entender que los caribes venían de una expedicion á las islas contiguas, en donde habian robado y saqueado á su placer, ence-

rrándose de noche en una estacada que traian al efecto, y saliendo de dia á robar las poblaciones y hacer prisioneros. El quedaba únicamente, *de siete que eran*; sus compañeros habian sido *devorados* á su vista en los banquetes abominables de sus enemigos, y *á él le esperaba la misma desgraciada suerte*. El honrado Niño y sus compañeros se indignaron tanto oyendo aquella narracion, que acordaron, creyendo que ejercian así un acto de justicia distributiva, poner á disposicion del salvaje á su opresor, para que obrase con él á su arbitrio. El índio se arrojó inmediatamente sobre el indefenso caribe con tal fúria, que no quedó su venganza satisfecha hasta que no le hubo muerto *á puñetazos y patadas*: entónces arrancó la cabeza del cuerpo, y clavándola en un palo, la elevó en alto como trofeo de su venganza». (*Vida y viajes de los compañeros de Colon*, pág. 9.—Edicion de Madrid.—1854).

De ese relato se desprende que seis años despues de su encuentro por Colon, en Guadalupe, los caribes pirateaban por aquellos mares, en canoas, de las que, segun el Almirante, tenían *muchas especies*. (Colec. de los viajes, Navarrete, tomo I, pág. 191); y que sus incursiones por lo espantosas engendraban en sus víctimas, como se ha visto, terribles sentimientos de venganza; todo lo que confirma cuanto el gran descubridor habia asegurado desde el principio. En cuanto á que acostumbraban usar de recintos estacados, puede verse tambien en la relacion del tercer viaje de Colon, tomo 3º de la coleccion de Navarrete, pág. 12.

MANUEL SANGUILY.

(Continuará).



LA HABANA EN 1800. (1)

Con el aumento de la extraccion de azúcar desde 1792.—Las extracciones legales de azúcar desde el año de 1792, sin contar lo que puede escaparse al conocimiento de la Aduana, ni el consumo de este fruto en el país, han sido como sigue:

AÑOS.	CAJAS DE 16 ARROBAS.	
1792.....	73,168	
93.....	79,388	
94.....	103,620	
95.....	70,437	
96.....	120,375	
97.....	118,065	} Esta disminucion fué causada por un terrible huracan, acaecido el dia de San Agustin.
98.....	134,872	
99.....	165,602	
1800.....	65,000	} Hubo el dia 2 de Noviembre otro temporal de viento. } Hubo además 6 mil embarcadas en Matánzas hasta fines de Junio.

Con el de las rentas decimales desde 1789.—La renta decimal que se arrienda á particulares, los cuales han de hacer en ellas la ganancia que corresponda á su industria ha sido rematada en los tres últimos cuatrienios por los precios siguientes:

De 1789 á 92.....	792,386 pesos 3 rs.
De 93 á 96.....	1.044,098 » 1½.
De 97 á 800.....	1.591,340 » 3½.

(1) Véase el número 5, pág. 451, tomo I, de esta REVISTA.

Tuvo el segundo de estos cuatrienios de aumento sobre el primero 251-711 pesos $6\frac{1}{2}$ rs. y el tercero sobre el segundo 547,242 pesos 2 rs., cuyos dos aumentos importan unidos la cantidad de 798,954 pesos, $\frac{1}{2}$ real, es decir que en ocho años ha duplicado la renta decimal con algun más exceso que el duplo.

Y el de las Rentas Reales desde el propio año.—Las contribuciones que se cobran en la Administracion General de Rentas Reales, sin contar algunas otras que entran directamente en la Tesorería General han corrido como sigue desde el año de 1789.

AÑOS.	PESOS.	AÑOS.	PESOS.
1789	479,302	1795	643,583
90	642,720	96	784,689
91	620,212	97	1.032,925
92	849,904	98	1.335,864
93	635,098	99	1.801,409
94	642,320		

Estado del Comercio interior de la Habana y de las negociaciones de frutos.—Estos tres indicios en los cuales se advierte un progreso más que duplo en tan cortos años, proclaman bastante el auge que ha tenido el comercio por su parte. El comerciante ántes del libre comercio era en la Habana un mero factor de las casas de Cádiz, que con dificultad expendian sus efectos mal surtidos é inadecuados á las necesidades del pueblo; entran en la Habana anualmente más de 600 buques incluso el tráfico del seno Mejicano que nos traen todo cuanto consumimos, y llevan en retorno nuestros frutos entre los cuales sólo el azúcar ocupa de 35 á 40 mil toneladas. Se cuentan en esta ciudad más de 50 casas de comercio que sostienen un giro que se gradúa en más de 20 millones de pesos en disposicion que se realizan en un momento, y al contado los cargamentos más ricos, porque tras las principales casas, hay otras muchas subalternas acomodadas que facultan el expendio. Las negociaciones de frutos entre comerciantes y hacendados han tomado un vuelo que admira. No se conocen ya aquellas mezquinas usuras nacidas de la miseria. Como los fondos que ha creado el comercio, mediante los ventajosos precios que tuvieron los frutos de resultas del trastorno de la colonia francesa del Guarico, han desaparecido aquellas torpes negociaciones, en que el necesitado agricultor tomaba para re-

faccionar sus haciendas memorias de géneros y efectos en que perdía secreta y vergonzosamente mayores premios de lo que pagaba al mísero comerciante. Los amos de ingenios que en otros tiempos cubrían sus atenciones con ocho á diez mil pesos, necesitan ahora treinta á cuarenta mil, y sin afianzar sus raíces, y solamente con hipotecar sus frutos encuentran quien les franquée estas cantidades sonantes en plata. De esta fácil y franca circulacion, resulta que casi duerme la ley que concede á los ingenios el privilegio de no ser ejecutados por deudas, ó á lo ménos el citado privilegio de nada sirve al deudor laborioso, y sólo de abrigo al tramposo y abandonado: por último ha contribuido á afirmar el crédito respectivo de hacendados y comerciantes la atribucion que se sirvió el Rey hacer al tribunal consular de todas las causas sobre frutos de extraccion, porque ántes que se estableciera esta nueva jurisdiccion el vecino empleado en milicia que tratase de enmarañar en interminables disputas la demanda más ejecutiva se acogia al inexpugnable santuario del fuero militar.

El verdadero comerciante, en una palabra, viene á ser el motor de las labores. Los agricultores son unos compañeros que asocian consigo en sus especulaciones en calidad de administradores, cediéndoles una utilidad adecuada á su aplicacion, industria y facultad. De ahí se deduce lo que vale esta Isla para el agricultor, la conducta y honradez, pues en habiendo fondos en el comercio, y buenas leyes sobre la division de tierras, y la facilidad de las labores, por pobre que sea el que tenga aquellas cualidades, no le puede faltar quien lo distinga y le dé la mano, como el comerciante tanto interés tiene en buscar buenos administradores, como el cultivador en hallar buenos refaccionistas.

Necesidad de invertir en la Agricultura ménos fondos.—Este es el estado actual del ramo de azúcar, seguramente ofrece ya por sí algunos recursos la plaza; los capitales que haya actualmente sin auxilios extraordinarios, mas este incremento será lento y pausado. Para que siga haciendo la agricultura grandes progresos, es preciso invertir en ella nuevos fondos, porque es proporcion indisputable que el cultivo no tiene aquí más límites que la cantidad de los fondos que en él se emplean, de modo que si recibiera en poco tiempo la colonia nuevos y grandes capitales crecerian sus labores en la misma proporcion. Ha

comenzado ya el comercio de Vera Cruz á abrir los ojos sobre esta clase de especulacion, y á querer partir ganancias con el de la Habana. Es de creer que miéntras que el superior Gobierno de Nueva España, no se deje sorprender, no será vana la licencia que ha concedido el Rey para que aquellos vecinos puedan emplear sus fondos en frutos de esta Isla. Mas era menester que se extendiese este movimiento hasta aquella porcion de caudales casi muertos que duermen, ó solo producen un continuo interés de 3 p%, al tiempo que acá, sin quebrantarse nuestros fondos territoriales, podemos dar por ellos seis, ocho y hasta diez. Léjos de tener este infeliz impulso como lo quisiera la ignorancia siempre envidiosa, es evidente que merece todo aprecio y proteccion, pues más vale y más produce al Estado la adquisicion de un sólo fundo bien labrado y cultivado que un caudal estéril por grande que sea sepultado en la estagnacion. ¿Qué mejor empleo puede tener el dinero de nuestros capitalistas que el de fomentar con recíproca utilidad del dador y del tomador, una porcion de labores que al paso que contribuye directamente á la felicidad de una parte estimable del pueblo español, vigoriza la primera de todas las artes, y aumenta por mil conductos la opulencia del Estado en sus varias relaciones de Rentas Reales, tráfico general, navegacion, artes, fábricas é industria, tanto en la Metrópoli como en la América? Feliz la nacion española si contára entre sus colonias muchas como la preciosa isla de Cuba: nada tendria en esta parte que envidiar á las potencias más sábias, ó más industriosas.

Debemos dar ahora una idea de la poblacion, industria y economía interior. Se cree que la primera haya duplicado, particularmente en la capital, durante los últimos 30 años; segun los cálculos más aproximados, contiene en el dia la Isla, mucho más de 300 mil almas, y más de 160 mil la sola jurisdiccion de la Habana que es la de que tratamos. Esta se extiende á lo largo de la Isla desde el cabo de San Antonio hasta Alvarez y la Octavana al Este que lindan con la jurisdiccion de las cuatro villas, que quiere decir en un espacio que comprende mil quinientas leguas de superficie. En ella se numeran nueve villas ó ciudades con ayuntamiento, que son la Habana, Guanabacoa, Jaruco, Santiago de las Vegas, Bejucal, por otro nombre San Felipe y Santia-

go, San Antonio, Santa María del Rosario, Matánzas y Güines, y algunas aldeas ó pueblecillos. Los campos están divididos en 57 partidos que corren cada uno al cargo de un juez pedáneo para el orden de la policía. Mas no todos estos partidos son iguales en tamaño y población. Catorce que son los más remotos son de monte espeso destinado á la crianza de ganados, y en ellos apénas habrá 1500 esclavos, é igual número de blancos. La capital puede contener cerca de 60 mil almas; los demás pueblos juntos tendrán como 50 mil. Los partidos que circuyen la capital y la ciudad de Matánzas, y están destinados á las labranzas miden como 350 leguas planas, y contarán como 20,000 hombres libres, y más de 40,000 esclavos, de los cuales 30,000 como se ha dicho, cultivan caña.

Ninguna colonia extranjera contiene como esta Isla en una sola posesion tan numerosa población de blancos, y esta circunstancia importante, es la que influye en varias peculiaridades que le son propias. Con el acelerado movimiento que han tenido en ella la agricultura y comercio ha crecido la opulencia pública que vulgarmente se equivoca en el lujo. Conocen ya estos vecinos la esplendidez en la mesa, en la vivienda, muebles, vestidos y tren de calle. El carruaje se tiene por línea de distincion entre las fortunas, y ruedan actualmente más de 2,500 volantes, que suponen más de 3,000 bestias mantenidas diariamente en la ciudad: género de necesidad desconocido en Jamaica y Guarico porque en aquellas poblaciones no habia ni la tercera parte de blancos que en la Habana.

Es grande la finura y brillantez de los vestidos y particularmente la del bello sexo en todos las clases: los alquileres de las casas han subido extraordinariamente porque ya no cabe la población en el casco de la plaza. Los víveres casi duplicados de precios en el período de pocos años; en fin se puede tener una idea de los salarios, con saber que un esclavo bozal acabado de llegar de Africa empleado de simple peon, gana 4 y 5 reales diarios: ¿á qué cuota no estarán los jornales de los artesanos? En una palabra se puede afirmar que en ninguna parte del mundo es la vida tan cara como aquí; mas es dudable si sea esto un vicio, pues donde mucho se gasta y se consume, tambien hay mucha circulación y medios fáciles y pronto de utilizar. Se dirá que es un

mal el consumir tantos renglones como necesitamos de fuera, mas nunca lo será, siempre que nuestras labores nos den con qué pagar esta deuda. Luego quiere decir que al paso que ván creciendo los gastos y el amor de las comodidades, debemos tambien cuidar de que aumente la emulacion al trabajo y se faciliten los empleos de la poblacion.

Las familias patricias han enriquecido, tanto por su industria, como por los aumentos naturales que han tomado sólo con el transcurso del tiempo los bienes territoriales. Se cuentan muchas realmente poderosas. Acaba de fallecer D. Mateo Pedroso que ha dejado en raices más de dos millones de pesos. En el comercio hay tambien varias casas pudientes que compran cada año á los hacendados hasta 10 y 12 mil cajas de azúcar. Se infiere por estos suscintos rasgos la importancia de esta poblacion, que sobrepuja en muchas circunstancias á las colonias extranjeras, y merece por tanto mucha consideracion y favor. Aquí no tan sólo están bien hallados los patricios opulentos, sino que se advierte aún en los forasteros que llegan á acomodarse, una propension á arraigarse, la que se nota particularmente en la clase del comercio en que cuentan más de 25 casas que giran y poseen ingenios. La ausencia y traslacion de los propietarios ricos á Europa que era casi general en las colonias extranjeras, era para éstas un vicio porque de ahí resultaba que estaban entregadas aquellas poblaciones á una caterva de comerciantes mercenarios y transeuntes que se engreian con el mando, no miraban las haciendas, ni los esclavos con el amor é interés de la propiedad, muchas veces abusaban de su poder y daban mucho que hacer al Gobierno.

(Continuará).



BIOGRAFIA ARTISTICA.

Notas biográficas de los artistas, profesores y aficionados de que se hace mención en "La Habana Artística."

B

Bousquet (José Domingo), uno de los artistas cubanos en quien más se ha manifestado todo el encanto y poder del génio, en su sencillo y natural estado, tal como si se hubiera querido demostrar que no necesita de un cultivo esmerado y asídúo, ni de revestirse con más galas que las propias, ni de robustecerse con otros recursos y auxilios que aquellos que la misma naturaleza le ha prestado, para recoger maravillosos frutos, producir mágicos efectos, conquistar inmarcesibles triunfos, y elevarse hasta el mismo pináculo de la gloria. Sí: José Domingo Bousquet raro conjunto de nobles, bellas y caprichosas prendas, cuyo nombre oscurecido hoy, no dejará de figurar un día entre todos aquellos que más brillo y realce han dado en Cuba á la noble arte de la música.

Nacido en la opulencia, educado con notable aprovechamiento, celebrado y aplaudido, rodeado por do quiera de innumerables amigos entusiastas admiradores de su talento, con el corazón de artista y un porvenir espléndido, lleno de satisfacción y de prestigio, tan querido, tan halagado... y todo eso ¿para qué? ¿para morir en el desencanto y la pobreza, llevando sólo al sepulcro horrendos desengaños y esperanzas burladas? ¡Ay! esto es terrible y doloroso; sin embargo, tal fué su vida; vida de grandezas y miserias, de inexplicables contrastes, de arcanos incomprensibles!...

Sus padres el Dr. D. José Domingo Bousquet, médico que había sido de uno de los cuerpos de ejército del gran Bonaparte en Egipto; y su madre la señora doña Juana Puig y Amigó mujer de nobilísimos sentimientos, que habían experimentado en sí toda la importancia y valor de una buena educación, tomaron tan á pecho la de aquel niño, objeto de sus más caras delicias, que desde muy temprano prepararon y fortalecieron su espíritu con vivos y constantes ejemplos de la más pura moral.

Bien pequeño era, cuando para dar riendas á su decidida vocación por la música, se le puso bajo la dirección del violinista don Joaquín Gavira, santo y erudito varón, que logró en poco tiempo muy rápidos progresos, no alcanzándolos mayores, porque el niño empleaba su tiempo en otros mucho estudios que no le dejaban tomar en el violín su verdadero y natural impulso. De manos de Gavira pasó á las del distinguido profesor don Miguel Rappeti; ya en esta época tenía Bousquet diez y siete años y estudiaba Derecho en el Seminario de «San Carlos». Sus amigos y condiscípulos le recuerdan con gusto y creen aún verle llegar á las horas de clase con su anciano padre, que por no abandonarlo, temeroso de que pudiera cometer alguna falta propia de su edad, le acompañaba constantemente, sentándose á su lado en el mismo banco, y procurando disimular aquel celo, aquel afecto excesivo que rayaba en desconfianza, y que casi, casi ofendía la susceptibilidad del hijo, con la excusa de que como era francés y deseaba aprender la hermosa lengua de Castilla, nada le había parecido más oportuno que oír la fácil y correcta palabra del catedrático de aquella asignatura, señor Govantes.

El doctor Bousquet logró sus deseos, y cuando en 1842 marchó su hijo á París, tuvieron los franceses la ocasión de ver que en Cuba se ofrecían también ricos dechados de educación. En efecto veinte años tenía nuestro violinista: era de arrogante figura y de modales distinguidos, con sólida y general instrucción, hablando el francés y el italiano correctamente, tocando el violín lo bastante para abrirse paso por todas partes; con la cabeza llena de ilusiones y los bolsillos de oro; hé aquí en qué forma se presentó Bousquet en la capital del mundo civilizado á continuar sus estudios musicales, puesto que decididamente

habia resuelto abandonar la carrera de abogado para la cual se preparaba.

Establecido allí, su primer cuidado fué visitar á Mr. * * *, célebre violinista de la escuela francesa. Éste quiso oirlo ántes de darle la primera leccion y así se lo manifestó. Bousquet correspondió en el acto, tocando una de las fantasías que ya aquí habia ejecutado en público con inmenso éxito.

Él lo escuchó atentamente y al concluir le dijo que hiciera una escala, y aunque ya esto hizo resentir su orgullo artístico, sin embargo era hombre extremadamente fino y obedeció; pero ¿cuál no sería su sorpresa al oirle decir al ilustre maestro: «Jóven, usted no sabe hacer ni una simple escala; si quiere usted aprovecharse de mis lecciones necesita ante todo olvidar lo que ha estudiado y empezar de nuevo.» Esta muletilla tan de moda en los grandes maestros y tan generalizada de algun tiempo á esta parte, que nosotros no calificamos, pero que tampoco nos permitiríamos decir si obedece ó nó á un cálculo erróneo y mezquino, causó en Bousquet, como era de esperarse, muy mal efecto; por fortuna logró reprimirse lo bastante para retirarse aparentemente fresco, llegar á su casa y hacer mil pedazos su rico instrumento. Él mismo nos lo ha contado. Ahora bien: es cierto que Bousquet habia estudiado con suma negligencia los rudimentos de la música; así que no era un buen solfista, no tenía las más ligeras nociones de armonía ni de contrapunto; ni conocia más instrumento que el violin y ese medianamente; habia empezado su carrera por donde todos la acaban, esto es, entrando de lleno, aunque sin saber cómo, en la estética del arte, adivinando puede decirse, cuanto tiene de elevado y grandioso, sin notar que levantaba un soberbio edificio sobre débil base; así que á las palabras de Mr.*** no le faltaban fundamento; dijo lo que sentia aunque con forma muy dura, forma que jamás le perdonó Bousquet.

Este inesperado disgusto lo dejó casi anonadado y en mucho tiempo no volvió á ocuparse del violin, en cambio se cuidó con esmero de proporcionarse toda clase de distracciones, labrando aunque inconscientemente su propia ruina. ¡Pobre Bousquet!

Sin embargo, como era artista de corazon y no podia vivir alejado

de aquellos centros musicales donde únicamente se encontraba bien; centros en que había pasado los momentos más gratos de su vida; y como que por otra parte sentía en su interior algo más grande que no podía por sí sólo alcanzar ni comprender, se dirigió asistido ya de la buena fortuna, á un célebre violinista belga, Andrés Robberechts, establecido en París hacía muchos años, quien desde el primer instante comprendió todo su mérito, así como las excentricidades de su carácter; calculó muy bien que sus defectos no tenían remedio, pero que con ellos, tal era su talento, podía causar vivo entusiasmo, lo tomó cariñosamente á su cargo con empeño, con fé y sinceridad, y poco, muy poco tiempo despues Bousquet, era comparativamente otro hombre.

Robberechts logró robustecer su tono un tanto débil, enmendó hasta donde pudo su mecanismo, y le dió, durante algunos meses, lecciones de estilo, enseñándole varias piezas del repertorio clásico, que despues su propio y natural instinto le hizo interpretar de una manera admirable. Agréguese á esto sus repetidos viajes por Francia, España, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos en cuyos países tuvo ocasion de estudiar excelentes modelos, refinar su gusto de natural exquisito, y cultivar íntimas relaciones con hombres de mucho valer que le dieron no sólo prestigio á su persona, sino provecho á su ilustracion, y tendremos el medio, increíble por cierto, con que Bousquet alcanzó artísticamente un alto puesto.

Hemos dicho al comenzar y no nos pesa, que en él se presentó «todo el encanto y poder del génio en su sencillo y natural estado» y en efecto ¿qué trabajo pudo hacer en sus primeros años, cuando su mismo profesor se quejaba «por qué al niño le quitaban el tiempo que debía dedicar al violin»? Poco despues ya le llamaban la atencion otros estudios esencialmente necesarios á la carrera que se proponia seguir. Por otra parte tambien hemos visto el triste desenlace de su entrevista en París con Mr.***, y el poco tiempo que tomó lecciones con Robberechts. Todo el que conoce, aunque medianamente sea, el violin, sabe muy bien cuántas fatigas, cuántos años de perseverante estudio y trabajo se necesitan para alcanzar algun dominio sobre él, tales son las dificultades que hay que vencer, los innumerables escollos que hay que salvar; así que nuestro juicio en este punto ni es arbitrario, ni

desacertado; además cuantas personas inteligentes lo oyeron tocar, cuidado que son muchas, no nos dejarán mentir y convendrán con nosotros que Bousquet era un violinista de arranques extraordinarios, violinista de inspiración, de fuego pero no un maestro de violín. Para precisar el *doigté* de un pasaje cualquiera en su posición más conveniente, ó bien para leer una frase complicada á *primera vista*, como dicen los músicos, se habría visto muy perplejo; un violinista mediocre lo hubiera realizado con mayor seguridad y prontitud. Ahora bien, cuando Bousquet tomaba su violín, veía con calma lo que iba á ejecutar, y con más calma aún lo estudiaba, rebuscando las facilidades que le convenían, y los efectos que se proponía conseguir: cuando Bousquet—seguro de lo que iba á hacer—decía: «Vamos á tocar»:—ya entonces era otra cosa.—Ningun violinista en nuestro concepto le superaba, ninguno era capaz de tocar con más seguridad, brío y elegancia, porque Bousquet no era el artista de un día, era el artista de siempre. Las reglas estaban en su corazón no en su cerebro, sentía y expresaba con un estilo que se había individualizado en él, y que el mismo no hubiera podido transmitir porque, para ello habría tenido necesidad de comunicar su alma, su corazón, su modo de ser.

El arte es sublime, grande, tiene sus reglas y muchas de ellas inquebrantables como dura roca, pero el génio tiene á veces poder para hacerse superior. El génio vuela á las más elevadas esferas y vence imposibles, por eso es que de la nada se forman tantas grandezas. En vano se esforzaria el hombre en trabajar toda su vida por alcanzar tal ó cuál propósito si su perseverante afán no tiene por base una chispa que sea de aquel *destello divino*; le sucederá lo que á las semillas depositadas en el seno de una tierra estéril

Bousquet con el violín en mano era una prueba palpitante de este aserto; nada había que admirar en su fuerza, mejor dicho en la parte gimnástica del instrumento; su ejecución era limpia, sin que sorprendiera, su mecanismo mediano y nada más; tenía un tono simpático, buena afinación, si no la cabal y justa en ciertos casos, y un *staccato* como obra de la naturaleza, maravilloso—hasta aquí sus medios materiales; pero el misterio, el gran misterio de Bousquet estaba en la interpretación de cuantas obras ejecutaba, muy en particular las del re-

pertorio clásico. Nosotros al ménos, nada superior hemos oído; nada más perfecto; era realmente inimitable.

Muchos años han pasado desde que le oímos por última vez, sin embargo no se ha podido borrar ni desvanecer siquiera, aquella dulce impresion; aún tenemos en nuestro oído el tono purísimo de su *Guarnerius*, aún escuchamos su canto largo y patético en donde desplegaba un mundo de sentimiento, expresion y poesía: aquellos preciosos y delicados *menuettos* de Haydn que decia con una elegancia arrobadora; la ligereza de su arco en el *scherzo* del gran trío en *Re* menor de Mendelssohn, y en el *final vivace* del cuarteto 45 de Haydn; la fogosidad y brío con que atacaba los pasajes más ágrios y temibles para salir siempre airoso; en fin todo en él era magnífico, realzándole más y más su arrogante figura y noble actitud al tocar, sus modales de buen tono sin afectacion, su mirada altiva, y hasta cierta majestad que sin chocar, imponia.

Nunca, jamás fué Bousquet un artista vulgar; su conversacion era amena y aunque su carácter algo tenía de adusto y vanidoso, descendia á ocasiones con suma gracia y oportunidad al terreno de la más cordial franqueza. En sus fallos era independiente y terrible; no queria elogios, pero tampoco los prodigaba: «en ningun caso, decia, debe un artista tocar mal; si no se siente dispuesto, ó no tiene facultades, que no lo haga, eso es lo mejor.» En un artículo que publicó en el *Diario de la Marina* (Setiembre de 1856), en defensa propia, dice: «Estilo en la diction musical es la expresion de las distintas pasiones y sentimientos del hombre, segun el carácter particular de cada composicion —se llama *grandioso* cuando, expresando noblemente sentimientos más ó ménos elevados, desatiende tal vez algun detalle por no descender á la materia el artista inspirado, que sólo procura representar los impulsos que en su corazon engendra la elevacion de las frases con que se identifica; y *estilo pequeño* el de detalles, cuidando accesorios aún á detrimento del *bello ideal*. Este es el más comun por la misma razon de ser mayor el número de las malas y mezquinas organizaciones. No basta decir *quiero ser artista*; es menester haber nacido con ese don de la Divinidad, etc.»

Admiraba, como que lo comprendía, todo lo grande y sublime;

pero á veces ¡oh contraste! celebraba con toda su alma las cosas más triviales y ridículas. Recordamos que en cierta ocasion repetia un amigo en su presencia aquel saludo que hizo el prefecto Mr. de la Chaisse á Napoleon primero al atravesar este su departamento «Dieu crea Napoleon puis il se reposa». Todos prorumpieron en risotadas escandalosas, sólo Bousquet gritó *sublime hipérbole* y batió palmas, y se revolvió en su asiento y celebró hasta empalagar aquel solemne disparate.

Nosotros le tratábamos desde 1849, pero fué en 53 cuando le oimos por la primera vez. Acababa de llegar despues de su segundo viaje á Europa y estaba en toda la plenitud de su talento; eso sí, cualquiera hubiera creído, que sufría esa falsa nostalgia que ataca á muchos de los que vuelven á Cuba despues de una corta permanencia en el extranjero (si esta ha sido en París tanto peor) y apénas pueden resistir los rayos del ardiente sol que iluminó sus cunas, y califican de insoportables las costumbres en que nacieron y se criaron: todo lo encuentran pálido y ridículo, todo insípido y extraño. Una cosa sola les halaga. . . ¡París! Una sola idea le sonrie. . . ¡París! Una sola esperanza les consuela. . . ¡París! . . . Hasta que el tiempo encargado de arreglar las cosas en este pícaro mundo, los vá calmando y concluye por sanarlos y volverlos á su antiguo ser y estado. Bousquet, como acabamos de decir, se nos parecia á estos pobres enfermos y andaba como ellos aburrido y fatigado. De nada queria saber, nada le distraia, nada le agradaba, excusándose tenazmente de tocar; así que sus amigos recurrieron á un medio que tuviera por seguro, y que en efecto les dió el resultado prometido.

Una mañana fué asaltada su casa por una falanje de artistas, profesores y aficionados que no le dieron tiempo ni para proporcionarse un piano que le acompañara. Allí tocó *solo* y en presencia de personas tan autorizadas como Bottesini, Saumell, Desvernine, Espadero y muchos más que no recordamos, y que desde luego reconocieron todo su mérito. Allí se improvisaron discursos, se aplaudió frenéticamente, se derramaron muchas lágrimas, y el entusiasmo llegó á su colmo; sin embargo hay que convenir que Bousquet no estaba en su terreno y que sólo habia hecho un alarde de fuerza tocando uno de los veinte y

cuatro «Caprichos» de Paganini, una fantasía sobre temas de *Hernani* y alguna otra cosa más.

Poco tiempo despues, cuando tomó parte en las selectas reuniones de D. Manuel Saumell, acompañado de este pianista y de Bottesini que ejecutaba admirablemente sobre el contrabajo la parte de violoncello en los tríos y cuartetos, entónces fué cuando se reconoció todo su mérito y se le proclamó consumado artista. Y hay que notar que Bousquet habia venido sólo á la Habana, esto es, sin traernos uno de aquellos nombres que de antemano se aplauden y admiran, sin un título académico que le diese importancia y crédito, sin amigos que le formaran esa suave y perfumada atmósfera de que tanto han menester, por desgracia los hombres públicos, sin que los clarines de la Fama con retumbantes ecos nos hubieran anunciado un talento superior, un portento singular; pues bien, á pesar de todo, Bousquet alcanzó en su primera aparicion el más completo triunfo. Ya se vé, el génio legítimo como el oro puro, lleva en sí todo un tesoro de poder y grandeza; y así como se ha dicho «que la plática de la verdad ha de ser sencilla y no tiene necesidad de astutos y cautelosos rodeos de razones, porque ella por sí sola convence, se asienta y persuade,» de la misma manera el verdadero talento no pide anticipo de alabanzas, no busca proteccion ni apoyo, sólo quiere campo, espacio que poder iluminar con su brillante aureola.

En 1865 hacía ya muchos años que Bousquet enfermo y abrumado por mil desgracias, se habia olvidado de sí mismo; ignoraba lo que aún podia valer, y arrastraba una vida mísera, imposible. Pero como que en él no se secaron jamás, ni en los últimos instantes de su vida, las fuentes de inspiracion, fué bastante una entrevista casual con el autor de estas líneas, para que volviendo en sí de aquel estupor horrible que lo mataba, y renaciendo, como el Fénix, de sus propias cenizas, tomara el violin y se pusiera en muy pocos dias, sino á la altura de su talento, cosa imposible, en un punto al ménos, en que ya habria sido muy difícil alcanzarle. Entónces fué cuando acompañado de los señores Vanderguch, López, Cuero, Santacana, Anckermann, Saumell, Desvernine, y de un violoncello aficionado, se inauguró en la casa calle de San Miguel número 138, aquella série de sesiones clásicas, tan celebradas, y que

más tarde se robustecieron con el concurso de los señores Espadero, Arizti, Braun y otros artistas de reconocido mérito que galantemente ofrecían su cooperación. La Habana sabe hasta qué punto llegó el entusiasmo. Allí Bousquet ocupó siempre su puesto, jamás tuvo suplentes. Los cuartetos de Haydn 17-45-48-57-63 y el *Himno austriaco*; los de Beethoven, sobre todo el número 4; su sonata á Kreutzer; los tríos de Mendelssohn en *Re* menor y *Do* menor; su otteto; el doble cuarteto de Spohr en *Re* menor; los quintetos en *La* menor y en *Do* de Onslow; los famosos tríos de Rubinstein; su bellísima sonata en *Sol* menor que tocaban él y Espadero admirablemente, los cuartetos de Mozart, y sobre todo el quinteto en *Sol* menor escrito por este ángel de la música á la muerte de su madre; quinteto divino, célebre entre los célebres, y que no hemos vuelto á oír desde entónces, fueron sus mayores triunfos, triunfos indescriptibles como su estilo. ¿Quién, por ventura, sería capaz de pintar, quién podría decir lo que pasaba en el corazón de aquel hombre en los momentos en que tan profunda y dolorosamente impresionaba á sus oyentes? Por último completaba su extenso repertorio un sin número de obras de Paganini, Vieuxtemps, Ernst, Prume, Spohr, Beriot, y de otros autores, que ejecutaba con notable maestría.

Al talento de Bousquet se debe, sin duda alguna, la organización y sostenimiento de aquellas sesiones clásicas que sin él habrían sido imposibles; desgraciadamente vino á interrumpir la buena marcha que llevaban y á trastornar planes mejor concebidos y calculados, la idea de crear una Sociedad en toda forma. Esta se llevó á efecto, es verdad; pero como que se hizo sin estudiar ántes las condiciones del país, sin ninguna clase de requisitos preventivos, sino que se estableció porque se quiso establecer, porque algunos pensaron, y pensaron mal, que era cosa fácil desarrollar la afición á la *buena música*; es decir, creyeron hacer con un soplo lo que había costado á otros países años de perseverantes esfuerzos y abnegación ilimitada, y como que al instalarse en la última casa que ocupó en la calzada de Galiano, cambió su verdadera índole, y de «Sociedad de Música Clásica» ya no le quedaba más que el nombre, murió sin que fueran bastante á salvarla los esfuerzos sobrehumanos de Bousquet y de cuantos artistas figuraban en

su seno. Un enfriamiento glacial de los socios contagió á la Junta Promovedora, y el soberbio edificio vino abajo poco despues de su pomposa inauguracion. . . . Pero vamos á concluir.

El siete de Abril de 1875 volvíamos del campo; nuestro carruaje tuvo que detenerse al atravesar la calzada de la Reina, para dar paso á un carro fúnebre que silencioso marchaba á la mansion del dolor; aquella en que todo es polvo y olvido, «morada de paz, dice Young, asilo feliz, donde los mortales encuentran reposo, donde no se escuchan más consejos inoportunos, donde los reyes dejan de ser desgraciados.» Este triste encuentro despues de alegres dias de esparcimiento, nos produjo la más dolorosa impresion. Al siguiente, supimos que aquel carro fúnebre conducia los restos de un amigo queridísimo, de un artista notable, los restos, en fin, del pobre Bousquet muerto á los 53 años de edad, el dia 6 de Abril de 1875. Poco tiempo despues leiamos en el *Diario de la Marina* estas sencillas palabras consagradas á su memoria: «Acaba de morir el gran artista José Domingo Bousquet, una de las glorias más valiosas con que puede enorgullecerse la isla de Cuba. No pretendemos hacer el panegírico de tan celebrado violinista; nuestra pluma no bastaria para tal trabajo. . . . Agobiados aún bajo la emocion que experimentamos al acompañar á Bousquet á su última mansion, no podemos ménos de manifestar, y lo hacemos con amargura, cuán sensible ha sido para nosotros, al notar la ausencia de sus amigos de otros tiempos, de los admiradores de su inmenso talento, de los encomiadores de sus grandes dotes artísticas. Creimos que bien hubieran debido rendir este último homenaje al genio de un gran artista!! Con todo, como no participamos de la opinion de ciertas personas que dicen que la gloria de los artistas es efímera, no dejaremos de decir una y mil veces: ¡Gloria aún á José Domingo Bousquet, el sublime intérprete de Mozart, Haydn, etc.!»

¡Efímera la gloria del artista! ¿Y quién ha podido sustentar tamaño error? ¿Efímera la gloria del artista?

¡Eterna! contestará la Italia, presentando al mundo aquel famoso Baltasar de Ferri «qui fecit mirabilia multa», al divino Farinelli de la Orden de Calatrava, favorito de dos monarcas y quizás no iríamos muy léjos llamándolo árbitro de los destinos de España; á Pacchierotti,

Caffarelli, Gnadagni y tantas otras celebridades musicales como le honraron desde Palestrina, *musicæ princeps*, Alejandro Scarlatti fundador de la escuela moderna y Benedetto Marcello *pientísimo, philologo, poetæ*, hasta Rossini, Donizetti, Bellini y Verdi.

¡Eterna! dirá la Alemania con el recuerdo sólo de sus músicos ilustres desde Keiser, Haendel y Bach, hasta Weber, Mendelssohn, Meyerbeer y Wagner!

¡Eterna! dirá también la Francia y orgullosa ofrecerá en su historia un registro de génius á cual más brillantes desde Ramcau, Gretry y Méhul, hasta Auber, Herold, Thomás y Gounod!

¡Eterna! dirá la España cuna de Manuel García, de María Malibran, de Paulina Viardot, de la Colbrand, de Monasterio y de otras muchas celebridades cuyos nombres han llenado de gloria el mundo musical. ¡Eterna! repetirá, señalando aquellos grandes teóricos que tanta y tan justa fama alcanzaran, Francisco Salinas, Silvio Spagna, Francisco Peñalosa, Ignacio Ramoneda, Bartolomé Ramos, Cárlos Patiño, Guillermo Podio, Francisco Montañós, Diego Ortiz, Francisco Fuentes, Bartolomé Escovedo, Cristóbal de Morales *el divino*, Juan de Tapia, que fundó en Nápoles, en 1537, el primer Conservatorio del mundo (Conservatorio della madama di Loreto) y en nuestros tiempos D. Hilario Eslava, reconocido en toda Europa por uno de los grandes didácticosi

¡Eterna! dirá el mundo entero, eterna sí, es la gloria del artista, al ver que de tantas celebridades como han figurado en la noble arte y ciencia de la música, ni un solo nombre se ha perdido en la oscuridad de los siglos. La gloria del artista será efímera para aquellas almas insensibles, para aquellas naturalezas raras y deformes que ni sienten ni padecen; naturalezas estériles que nada producen y pasan por el mundo sin dejar señales de su mísera existencia, naturalezas refractarias no sólo á los gratos efectos de la música, si que también á todo lo noble y bello, porque su ideal sólo vuela por regiones materiales y positivas: por fortuna son débiles y pocos, y el arte y los artistas resplandecen á pesar de ellos, como resplandecerá un día no lejano, el nombre de Bousquet, cuyos restos reposan para siempre entre el silencio de las tumbas y las sombras del olvido!

(Continuará).

SERAFIN RAMIREZ.

NOTAS EDITORIALES.

EL DESENVOLVIMIENTO POLITICO DEL CANADA.

Mr. J. G. Bourinot, autor de varios trabajos políticos y literarios sobre el Canadá, ha publicado recientemente en la *Scottish Review* un notable artículo bajo el epígrafe de *El Canadá: su desenvolvimiento político*. El periódico *The Weekly Gazette* de Montreal, de 29 de Mayo último, resume el opúsculo de Mr. Bourinot; y al terminar se advierte que el escritor canadense no se ha dejado deslumbrar por la brillante teoría de la representación de las colonias en el Parlamento imperial, teoría cuya realización conduciría á las libres colonias de Inglaterra al sacrificio de sus intereses económicos y al menoscabo de sus instituciones políticas; que en todos tiempos y en todas latitudes, los conflictos de intereses se resuelven siempre en daño de los más débiles, y los más débiles, hoy y por muchos años, en un parlamento imperial serían las colonias representadas.

Dice así *The Weekly Gazette*:

El autor comienza presentando el contraste que se nota entre la primitiva indiferencia de los estadistas británicos por los asuntos coloniales y la atención constante y seria de que ahora se consideran merecedoras. Hace poco más de una generación que aún los más ilustrados y patrióticos de ellos mostrábase dispuestos á sostener que las grandes posesiones coloniales de Inglaterra eran cargas y manantial de embarazos más bien que ventaja. Ahora todo eso se ha cambiado, y ningun ministro de la Corona arriesgaria su reputación emitiendo tales

opiniones. Aún el mismo Lord Derby, que no se deja llevar del sentimiento, dijo, no ha mucho, que durante los últimos veinte años ningun inglés había mirado á las colonias como una carga, ni abogado por su separacion del Imperio. Ni se requieren muchos argumentos para probar que países prósperos, como el Canadá y Australia, no son, segun los caracterizó un tiempo cierto ministro del Gobierno, piedras de molino colgadas al cuello de Inglaterra. Por lo que hace al Dominio, su rápido desarrollo en años recientes ha producido un movimiento de orgullo en la tierra madre, y la ansiedad que por él se siente allí hoy, no es por cierto desentenderse de una responsabilidad molesta, sino estrechar los lazos que nos unen.

Ninguna fase del progreso canadiense es más digna de estudio que su adelantamiento constitucional á impulso de la política liberal inaugurada por Lord John Russell en 1839 y escrupulosamente realizada por sus sucesores en el ministerio. De 1792 á 1840 este país fué gobernado desde *Downing Street*. El sistema de asambleas de representantes establecido el primero de esos años era por extremo defectuoso, pues todo poder sustancial estaba conferido á un ejecutivo que no se encontraba de ningun modo enfrenado por la Cámara popular, y que recibia el tono de un gobernador cuya inspiracion venia de la Metrópoli. El resultado de la union de uno y otro Canadá fué el don del gobierno responsable cuyo principio se habia reconocido en toda su integridad ántes de que Lord Elgin se retirase del Gobierno General. El gran cambio siguiente,—la union federal de todas las provincias.—vino á su tiempo, habiendo durado poco más de un cuarto de siglo el orden que siguió á la mision de Lord Durham. Los hombres públicos habian aprendido á valorar el beneficio del gobierno propio y naturalmente deseaban una más grande esfera de accion política que los habilitase para «estimular el tráfico entre las colonias, realizar obras públicas y promover medidas de defensa nacional». El plan, pronosticado mucho tiempo ántes por Lord Durham, se consideraba á la vez la mejor resolucion de complicados problemas,—entre ellos el provincial,—que habian surgido, y el Gobierno Imperial prontamente aprobó su adopcion y eficazmente contribuyó á su consumacion.

Mr. Bourinot exhibe una pintura clara y risueña de los resultados

del gran experimento en los últimos diez y ocho años. Muestra cómo las cuatro primeras provincias confederadas crecieron gradualmente hasta convertirse en un vasto territorio que se extiende de océano á océano; cómo se construyeron rápidamente los ferrocarriles que unen todos los distritos de área tan dilatada, hasta coronar la obra con una línea que pasa á través del Continente, por los más ricos campos de trigo del mundo, destinados á ser el granero de muchas naciones; cómo al mismo tiempo, se hicieron canales y se ampliaron para proporcionar mayores facilidades al tráfico occidental; cómo se levantaron las manufacturas en escala que rara vez tuvo precedente en un país joven: el comercio del Dominio se aumentó en veinte años de £27.000,000 á £46.000.000, mientras que en el mismo período la renta se duplicó y los ahorros del pueblo depositados á interés llegaron á la cifra de £20.000,000, ó £4 por cada hombre, mujer y niño del país. No ménos señalado es el progreso intelectual del Canadá, segun se comprueba por el excelente sistema de educacion, la difusión de la prensa periódica y un honroso desenvolvimiento de la literatura, la ciencia y el arte nativas. Pero el resultado más notable de la confederacion se vé en las relaciones políticas, sociales y comerciales más estrechas que se contrajeron entre las provincias ántes aisladas.

Mr. Bourinot, traza un esbozo,—que nadie con más autoridad que él podia escribir en el Canadá,—de la constitucion federal segun la prueba á que ha estado sometida desde 1867, describiendo concisa y lúcidamente las funciones del Ejecutivo central y el Parlamento y las facultades y deberes de los Gobernadores y de las Legislaturas locales. Considera tambien las restricciones puestas á la legislacion festinada é indica el punto de semejanza de los sistemas inglés y americano. Por último, el escritor toca la importante cuestion de la federacion imperial que recientemente ha sido objeto de tanta atencion para los estadistas y la prensa en Inglaterra y en las colonias. Al par que reconoce la necesidad de un lazo más apretado que al que ahora une las muy apartadas regiones del Imperio, percibe en toda su plenitud las dificultades que se oponen y cita la conviccion de Sir John Macdonald, francamente expresada: que la representacion de las colonias en un Parlamento imperial es impracticable. Al mismo tiempo está dispuesto á

dar la bienvenida á cualquier movimiento que colocase las relaciones de Inglaterra con sus colonias sobre base más satisfactoria. Concluye escribiendo con las más perfecta seguridad y fé en el gran porvenir que al Canadá está reservado: condicion de prosperidad y de influencia que le permitirá «ocupar una posición más eminente entre las sociedades libres del mundo», y mostrarse rival formidable, aún de los Estados Unidos, en la gran labor que ámbos han de llevar á cabo en el continente americano».

LA ESTATUA DE DARWIN.

Recordarán nuestros lectores que al fallecimiento del ilustre naturalista se promovió una suscripción internacional entre sus admiradores, para erigir una estatua á su memoria. El éxito ha correspondido del todo á los eminentes servicios prestados á la ciencia por el sábio que se trataba de honrar y á la explosión de sentimiento que ocasionó su muerte, «sin precedente en los modestos anales de la biografía científica», como ha dicho uno de sus más insignes discípulos; de todos los países del mundo civilizado acudieron á Inglaterra las ofrendas, hasta el punto de que solamente en Suecia se llegaron á contar 2,296 suscritores, en que estaban representadas todas las clases sociales, desde los obispos hasta las costureras.

El nueve de Junio próximo pasado tuvo lugar la ceremonia de la erección de la estatua en el Nuevo Museo de Historia Natural de South Kensington, ante inmenso concurso de sábios, literatos y dignatarios ingleses, entre los que se contaban el príncipe de Gales y el arzobispo de Canterbury. El más devoto de los discípulos del gran naturalista, Mr. Huxley, el mismo que en 1859 combatió tan denodadamente por la nueva doctrina contra la vieja y miope ortodoxia, representada por el obispo Wilberforce, era el encargado de entregar la estatua á los representantes del Museo, y así lo hizo en un discurso, en que ha puesto en su punto la significación excepcional del acto, la innegable aquiescencia del mundo sábio á la obra grandiosa del autor del *Orígen de las Especies*, y el lugar prominente y exclusivo que corresponde á ésta entre las concepciones que han logrado cambiar la faz de las ciencias y dirigir por largo espacio de tiempo la investigación y las especulaciones de los que estudian la naturaleza. «Es lo cierto, dijo,

que desde la publicación y con motivo de la publicación del *Origen de las Especies* las concepciones fundamentales y las pesquisas de los investigadores de la naturaleza viviente han cambiado por completo.

En efecto, la teoría de la descendencia no sólo ha dado nueva pauta á las interpretaciones sobre el origen y formación del mundo orgánico y ha marcado nuevo rumbo á las pesquisas que han de confirmarla ó rectificarla, sino que ha bañado en luz clarísima dominios científicos conexos, comunicando la energía y vitalidad que llevan siempre consigo las hipótesis fecundas á ciencias al parecer tan distantes como la cosmología, la psicología, la ética, la sociología y sus múltiples derivadas, que han ido aproximándose, en virtud del concepto fundamental que entraña la inducción darwiniana, hasta formar los diversos eslabones de esta otra teoría más comprensiva y general que se ha llamado la evolución. Confirmándose así la verdad con que ha podido decir el eminente profesor que «el Origen de las Especies, ha demostrado ser el punto de apoyo que necesitaba la doctrina general de la evolución para mover el mundo».

Desde otro punto de vista, igualmente interesante, la participación de los elementos oficiales, laicos y clericales, en la ceremonia que consagra por medio de un símbolo externo la gloria del gran innovador, tan perseguido hace apenas unos treinta años por los mismos que le rinden hoy este merecido tributo, es un hecho notable que habla altamente en favor, no sólo de la bondad de la doctrina triunfante, sino del espíritu de nuestra época. El *Times* de Londres escribe á este propósito las siguientes juiciosas reflexiones: «El destino que ha cabido á las teorías de Darwin... ha servido y servirá de lección á esos espíritus que naturalmente y como por instinto se sienten inclinados á mostrarse hostiles á las doctrinas nuevas. Pues les ha enseñado y continuará enseñándoles que en la vía de los descubrimientos hay un progreso continuo, y que las opiniones con respecto á la naturaleza del universo que pueden sostenerse en cierto grado de nuestros conocimientos, cesan de ser admisibles en el grado siguiente. El corolario que de aquí resulta es óbvio. Que todas las hipótesis científicas que se enuncian con prudencia y modestia y después de serios esfuerzos por dominar los hechos, deben recibirse al menos con espíritu de cortesía y respeto».

NOTAS BIBLIOGRAFICAS.

HENRY M. STANLEY.—*The Congo and the Founding of its Free State.*
2 vols. Lóndres: Sampson Low and Co. 1885.

El hombre extraordinario que de mero corresponsal de un periódico americano ha pasado á ser fundador, no de una colonia, sino de un estado, en vías ya de notables progresos, ha tomado la pluma una vez más para referir esta empresa singular, que ha de permanecer en las páginas de la Historia como una de las más señaladas de nuestro siglo. Los lectores de la animada y pintoresca narracion que habia publicado ántes Stanley, con el título de *Through the Dark Continent*, se encontrarán ahora con un libro diverso, que no mira tanto á despertar el interés con el relato de arriesgadas aventuras y la descripción de nuevos países y extrañas costumbres, cuanto á referir los antecedentes y las circunstancias de la fundacion del estado del Congo, á enumerar las riquezas de su suelo vírgen, las facilidades que brinda para la comunicacion expedita, el porvenir que abre al comercio internacional y el lugar que le corresponde entre las recientes empresas de colonizacion del suelo africano.

Esto no es decir que se trate de una obra interesante sólo para los estadistas y publicistas; es por el contrario capaz de despertar un interés de órden muy superior, por la novedad del hecho que relata y por los datos que ofrece para apreciar el carácter del héroe de esta mara-

villosa aventura, de quien ha llegado á decir el *Times* de Lóndres que será considerado en lo porvenir como una de las figuras más prominentes de nuestro siglo.

J. B. POWELL.—*Second Annual Report of the Bureau of Ethnology.*
Washington, 1885.

Por segunda vez ofrece al público sus trabajos la Oficina de Etnología de Washington, en un volúmen tan valioso por su contenido científico como por las admirables ilustraciones que lo acompañan, y que ascienden á 714 láminas.

Debemos mencionar una memoria sobre los fetiches *Zuni*, en que su autor Mr. Cushing dá los más interesantes pormenores acerca de la intervencion incesante del fetiche en las acciones cotidianas del indio de la América del Norte.

Mr. Smith describe minuciosamente los mitos y leyendas de los iroqueses, que comprenden una série de explicaciones sobre el origen de las cosas y los séres.

Mr. Henschaw presenta una memoria sobre las piedras esculpidas que se han encontrado en el valle del Mississippi, y en las que se ven con extrañeza animales pertenecientes á la fauna tropical, como tucanes y loros, y hasta elefantes y mastodontes.

Relativo á los procedimientos artísticos de los antiguos americanos hay un estudio de Mr. Holmes, copiosamente ilustrado; y al final de la obra un catálogo detallado de las colecciones recogidas por Mr. James Stewenson entre los indios de Nuevo Méjico y del Arizóna.

Mr. Powell, director de esta oficina, se ha dado á conocer anteriormente por estudios sobre las lenguas indígenas.

MAUDE GILLETTE PHILLIPS.—*A popular Manual of English Literature*
New York, Harpers, 1885.

Trabajo muy estimable que revela crítica juiciosa y sólida y extensa erudicion. Está expuesto en dos volúmenes de 600 páginas aproximadamente cada uno, y preparado con singular esmero en la parte

tipográfica, tanto por lo que respecta á las ilustraciones que consisten en retratos y cartas iluminadas para representar las diversas épocas literarias, cuanto por la disposición de las notas científicas, históricas y artísticas que ocupan los márgenes.

La obra contiene mucho más de lo que indica su título, pues no sólo ofrece un estudio completo de la literatura inglesa, dividido en diez períodos, desde la época anglo sajona hasta la actual (*the Victorian age*), sino bosquejos muy interesantes de las literaturas de Francia, Alemania, Italia, España y Estados Unidos. Entre los apéndices, todos excelentes, sobresalen la tabla del primer volúmen que comprende los rasgos característicos de las literaturas contemporáneas, y la cronología de los veinticinco poetas laureados de Inglaterra desde 1368 hasta la fecha. Los diez y ocho retratos que adornan la obra son los de Chaucer, Spencer, Shakespeare, Bacon, Milton, Dryden, Pope, Addison, Swift, Johnson, Goldsmith, Cowper, Burns, Wordsworth, W. Scott, Byron, Elizabeth Barrett Browning y Tennyson, y van acompañados de noticias y discusiones del más alto interés.

CLIFFORD AND ROWE.—*The Common Sense of the Exacts Sciences*.
New York, Appleton, 1885.

Obra digna del más detenido estudio por parte de los que deseen depurar sus conceptos acerca de las nociones que sirven de fundamento á las ciencias exactas. Aunque tres autores han puesto mano en ella, no por eso ha sufrido su desempeño, que es rigurosamente científico. La idea se debe á Mr. William Kingdon Clifford, que falleció, dejando incompleto el trabajo, en 1879. Según el plan que trazó debía contener, y contiene en efecto, seis capítulos sobre el número, el espacio, la cantidad, la posición, la moción y la masa, respectivamente. Después de su muerte continuó la obra Mr. R. C. Rowe, profesor de matemáticas puras en University College, Lóndres; pero habiendo fallecido desgraciadamente en Octubre último, sin darle fin, la ha terminado otro profesor del mismo famoso colegio, que no ha publicado su nombre. La segunda mitad del capítulo tercero y todo el cuarto pertenecen al último continuador.

MISCELANEA.

JUAN BRUNO DE ZAYAS.

El hombre bueno y virtuoso, el filántropo que se llamó Juan Bruno de Zayas y á quien la Habana entera conocia y admiraba por su dedicacion ejemplar al consuelo y alivio de la desgracia menesterosa, ha fallecido el dia 4 del corriente mes en la vecina villa de Guanabacoa, su residencia accidental. De todos los dictados que concede la gratitud pública, y que tantas veces simula la lisonja para fastuoso ornato de la vanidad, ninguno más hermoso que el que espontánea y justamente habia dado el pueblo al Dr. Zayas, cuando le llamaba *padre de los pobres*. Lo fué para la niñez indigente, por cuya educacion hizo callados y cuantiosos sacrificios; lo fué para la clase obrera, que tuvo en él médico asíduo y cariñoso, consejero experto y valedor activo; lo fué para los esclavos que redimió sin ruido, ni aparato; lo fué para cuantos á él acudieron con alguna dolencia del cuerpo y del espíritu, y lo encontraron siempre dispuesto á practicar la buena obra, sin pensar jamás, no ya en la recompensa, en la retribucion posible. Fué hombre para quien el ejercicio de su profesion era como una funcion pública, y que daba gratuitamente lo mismo su ciencia que su hacienda ó su corazon. Amó é hizo el bien. Esta fué su vida, hermosa y digna de la despedida de su ciudad natal y del sentimiento profundo de la sociedad en que vivia. Su muerte ha sido un duelo público, y su entie-

ro otra nueva manifestacion, de que las grandes virtudes sociales se imponen al cabo á la admiracion y al amor del mayor número. ¡Dichosos los que tan de véras los merecen!

LA ESTATUA DE LA LIBERTAD.

Las fiestas con que la ciudad de Nueva York ha acogido el grandioso donativo de la república francesa á la americana, la estatua colosal de *la Libertad alumbrando el mundo*, no han tenido precedente, como no lo tenía este gaje de amistad y simpatía hecho por un pueblo á otro, sin ninguna intervencion de sus gobiernos. El 17 del pasado Junio arribó al puerto de Nueva York el navío *Isére* que conducia la obra del estatuario Bartholdi, y el 19 tuvo lugar la recepcion oficial, haciendo su entrada triunfal el *Isére* escoltado por una verdadera flota que se extendia por espacio de muchas millas. Entre incesantes salvas que atronaban el ambiente, los alegres aires de innumerables orquestas y el frenético regocijo de centenares de millares de personas ancló el buque francés en Bedloe's Island, y su comandante y oficiales pasaron luego á la gran metrópoli, para presenciar y recibir los suntuosos obsequios con que acogia el pueblo neoyorquino el presente de que eran portadores. La estatua forma un cargamento de 212 fardos, que pesan 220 toneladas; mide 151 piés, y cuando esté colocada en su pedestal se elevará 305 piés 11 pulgadas sobre el nivel del mar.

El autor de esta obra asombrosa es alsaciano de nacimiento é italiano de origen. Vió la luz en la ciudad de Colmar y estudió en París en el Liceo de Luis el Grande. Tempranas relaciones con el famoso pintor Ary Scheffer decidieron de su vocacion artística, y á la edad de veintidos años exhibió su primera estatua, que representa al general Rapp. Durante un viaje á Oriente estudió con predileccion los grandiosos restos del arte egipcio, preparándose así para la obra que habia de immortalizar su nombre. Sirvió durante la guerra franco-prusiana á las órdenes de Garibaldi, y despues de concluida hizo un viaje á los Estados Unidos, durante el cual concibió el proyecto colosal que ha realizado ya. Despues de la guerra su primera obra fué un grupo muy celebrado, que lleva por nombre *La Maldicion de Alsacia*, y fué ofre-

cido por varios alsacianos á Gambetta. Más tarde presentó otras no ménos notables, pero las que le aseguran su puesto exclusivo entre los escultores coetáneos son las dos estátuas monumentales *El Leon de Belfort* y *La Libertad alumbrando el mundo*. Una y otra son dos triunfos maravillosos del arte y del génio, una y otra simbolizan ideas sublimes, la primera el patriotismo no domado por los reveses, ni humillado por la fuerza, la segunda el triunfo final de la libertad derramando su luz bienhechora sobre los dos hemisferios, á la entrada del nuevo, mirando el antiguo: entrambas se han unido é identificado en el corazon del artista, para inflamar su genio y dotar al mundo de dos insignes monumentos, que servirán un siglo tras otro de encanto y enseñanza.

EL DR. DELGADO EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS.

El dia 28 del pasado Junio tuvo lugar en la Academia de Ciencias de la Habana la recepcion del nuevo académico Dr. D. Claudio Delgado. El tema de su discurso, tan interesante como oportuno, fué el exámen del método de vacunacion contra el cólera aplicado y reconocido por el Dr. Ferran, de Valencia. Las conclusiones del docto académico pueden resumirse de la manera siguiente:

1ª Que en el ciclo evolutivo del *comma bacillus*, tal como lo describe el Dr. Ferrán, hay todavía mucho que estudiar y no pueden admitirse sin reservas las nuevas formas descritas por él.

2ª Que la clasificacion por la cual se coloca á dicho fito-parásito en la familia de las *peronospóreas*, es muy insegura.

3ª Que tampoco hay seguridad de que el bacilo manejado por Ferrán sea idéntico al de Koch, ántes bien existe una série de hechos que inducen á pensar lo contrario.

4ª Que aún admitido hipotéticamente que el bacilo descubierto por Koch y el estudiado por Ferrán sean iguales, se presentan fuertes argumentos para negar su especificidad como causa productora del cólera.

5ª Que el cuadro patológico experimentalmente desarrollado en los animales y en el hombre, mediante la inoculacion del microbio, no ofrece caracteres bastante notables para decir que sea el cólera,

6º Que la acción preventiva del microbio contra la enfermedad creada por el mismo, parece ser eficaz en los animales, pero es muy dudosa aún en el hombre.

7º Que la inoculación ferraniana, empleada como profiláctica del cólera, no descansa todavía más que en los inciertos y contradictorios datos que suponen al *bacillus comma* dotado de propiedades colerígenas.

El Dr. Finlay fué el encargado de contestar y recibir al distinguido académico entrante.

LA EVOLUCION Y LA IGLESIA.

En el último de los sermones que ha dedicado Mr. Beecher, de Nueva York, á las relaciones de la teoría evolutiva y la iglesia, se lee este significativo párrafo:

«Sobre todo, la evolución está acabando de destruir la infame doctrina de la maldición del hombre á causa de la caída de un antepasado fabuloso. Este mito bárbaro y pagano, que todavía se esconde en lo más íntimo de la Iglesia, será desarraigado por la evolución. Hay muchas cosas de que la teología tiene que deshacerse, para cobrar en proporción vigor y lozanía. La teología y la Iglesia están sufriendo un proceso de evolución, no de destrucción. Están cambiando en sentido progresivo y para su mayor perfección».

CERTAMENES.

La Sección de Derecho Civil, Penal y Canónico del Círculo de Abogados ha acordado celebrar un certámen, y propone los dos temas siguientes para otras tantas Memorias:

1º *Juicio crítico de nuestra Ley Hipotecaria en sus disposiciones contraídas á acciones rescisorias y resolutorias.*

2º *Inteligencia y crítica del número quinto del artículo 559 del Código Penal vigente en esta Isla.*

También la Academia de Historia residente en esta ciudad anuncia un concurso en que sólo tomarán parte sus socios, y para el que ha señalado el siguiente interesantísimo tema:

«La colonización como doctrina y como fenómeno histórico en el pueblo griego».

DESCUBRIMIENTO ARQUEOLOGICO.

El conde Kalnoky ha informado á la Academia de Ciencias de Viena que de unas escavaciones dirigidas por arqueólogos austriacos en Luxor (alto Egipto) se han extraído cinco magníficas estatuas de granito, las cuales todas se supone que representan al faraon Rameses II. Una de las estatuas está completamente entera.

DISERTACION DEL SR. PEDROSO.

El trabajo con que nos ha favorecido el Sr. Pedroso fué leído en la Sesión de la Sociedad Antropológica correspondiente al mes actual. El autor desea que se tenga en cuenta que, si bien no literalmente, está sustancialmente tomado de la acreditada revista *Blackwood's Edinburgh Magazine*. La conclusión aparecerá en nuestro número próximo.

JACQUES RICHARD.

Se espera en París la aparición de un volúmen en que M. Auguste Dietrich ha recogido las obras poéticas de un jóven, casi niño, Jacques Richard, muerto á los veinte años y cuando acababa de conquistar la notoriedad por un rasgo admirable de inspiración patriótica y de energía de carácter.

En Julio de 1860, reciente aún la muerte de Jerónimo Bonaparte, y para la celebración del concurso general de los estudiantes de los diversos institutos, dictó el ministerio como tema de los versos latinos, en la clase de retórica, uno con el título de *ad Hieronymum principem*.

Cuando se abrió el pliego que contenía el texto, los alumnos presentes protestaron á una voz, diciendo que *no conocían á ese caballero*; pero después de varias explicaciones del presidente del concurso, pusieron mano á la obra los examinandos, con excepción de alguno, como Ernesto Duvergier de Hauranne, quien escribió en su copia que sus opiniones políticas no le permitían concurrir en esas condiciones.

Al abrirse los pliegos apareció una pieza de versos franceses, que sólo llevaba en latin este epígrafe de Juvenal: *Ut declamatio fias*, y que era una violenta diatriba contra el tema y contra la situación de Francia. En ella se leían estrofas como éstas:

«No comprendéis que hubiera sido más prudente dejar á ese hom-

bre reposar en su tumba; y quereis que deteniéndose ante esa vida, la Musa de la Historia la alumbre con su antorcha!

«No comprendéis que nuestras silenciosas vigili-
as han hecho de cada uno de nosotros un republicano; que soportamos mal nuestras cadenas, y que nuestros poetas son los Juvenal, los Hugo, los Lucano.

«No comprendéis que estamos aguardando, con el corazón henchido de esperanza, la hora tan deseada y tan lenta en llegar, la hora santa en que Francia se despierte enérgica y recuerde su pasado.»

El autor de estos versos era Jacques Richard, que entónces acababa de cumplir diez y nueve años.

EL PRIMÉR EDUCACIONISTA.

El *Journal of Education*, de Lóndres, da cuenta del resultado de una consulta hecha á los profesores ingleses sobre «¿quiénes son los siete escritores sobre educacion más grandes, entre los vivos, presentados en una lista por el órden de su importancia?» El veredicto ha sido que el más grande de los filósofos ingleses es tambien el primero de los educacionistas. La lista premiada entre el gran número de las que se presentaron fué la de «X. Y. Z.» concebida en estos términos:

- | | |
|------------|--------------|
| 1—Spencer. | 4—Thring. |
| 2—Huxley. | 5—Miss Buss. |
| 3—Wilson. | 6—Laurie. |
| 7—Quick. | |

El nombre de Spencer figura, además, en otras 72 listas. El de A. Bain en 50; Huxley en 38; Thring en 36; etc.

Del libro de Spencer que le ha valido esta estimable preferencia sólo diremos que ha sido traducida á todas las lenguas, hasta al japonés y al chino, y que la primera de las traducciones españolas fué hecha por la *Revista de Cuba*.

NOTICIAS LITERARIAS.

A petición de Herbert Spencer, los editores Appleton de Nueva York han interrumpido la publicacion de la correspondencia epistolar cambiada entre el filósofo y Mr. Fred. Harrison.

—Hay en Constantinopla sesenta y ocho imprentas. De sus prensas salen por la mayor parte, traducciones, y entre éstas el mayor nú-

mero corresponde á las de obras francesas. Dominan casi exclusivamente los libros de entretenimiento.

—Tres *narraciones* de Mr. Bret Harte han visto recientemente la luz en Nueva York, bajo el título comun de *By Shore and Sedge*.

—Varios lexicógrafos japoneses preparan la publicacion de un diccionario chino que comprenderá 40 volúmenes.

—Mr. Stanley Lane-Poole acaba de publicar una especie de antología de los escritos en prosa del gran satírico Swift, en que juntamente con extractos de sus obras mayores, se encuentran in extenso opúsculos tan célebres en la literatura inglesa como el «Modesto expediente para impedir que los niños pobres de Irlanda sean una carga para sus padres, etc.» Han sido los editores los Appleton de Nueva York.

—Con motivo de la inhumacion de Víctor Hugo, M. Francisco Sarcey ha publicado un bello artículo en que pide los honores del Panteon tambien para Lamartine.

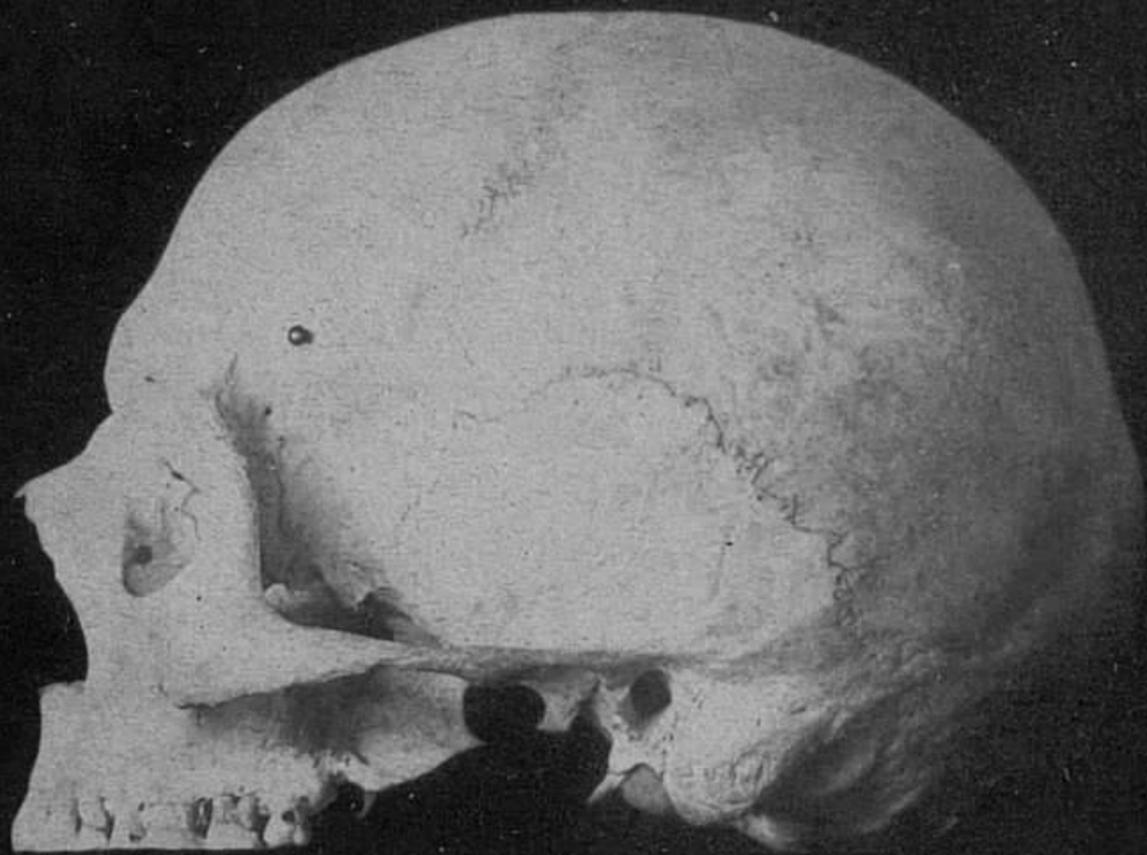
—El gran premio nombrado *premio de Schiller*, fundado por el emperador de Alemania para el mejor drama aleman que haya aparecido cada tres años, ha sido distribuido esta vez entre Paul Heyse y Ernst von Wildenbruch.

—El cinco del corriente mes terminó el Rev. Mr. Beecher, de Nueva York, una série de sermones sobre la influencia de la teoría de la evolucion en las creencias religiosas, la cual, en su sentir, será cada vez más considerable.

—M. Victoriano Sardou irá á los Estados Unidos, en el próximo Agosto, para dirigir la representacion de su nueva obra dramática *Anselma*, cuyo principal papel estará á cargo de la actriz austriaca Mme. Janish.

—El último poema de Lord TENNYSON, titulado «The Fleet», la Escuadra, y que se refiere á la marina inglesa, no tiene la inspiracion ni la belleza del estilo propias del poeta en sus obras anteriores. Así dicen sus críticos. Pero su fama ya está asegurada y no necesita aumentarse.

—El Dr. Schliemann pasará el próximo invierno en Alejandría, buscando la tumba de Alejandro Magno.



1



2

1.—Cráneo normal.
2.—Cráneo deformado de Caribe.



